



sucursal del infierno

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

SUCURSAL DEL INFIERNO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 586
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 21.161-1973

ISBN 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: julio, 1973

© CLARK CARRADOS - 1973
texto

© MIGUEL GARCIA - 1973
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

CAPÍTULO PRIMERO

El coche rodaba velozmente por la carretera que cruzaba, larga y recta, el desierto. Su único ocupante había bajado la capota, a fin de obtener un mayor alivio con el viento provocado por la marcha del vehículo. A pesar de todo, de vez en cuando tenía que pasarse un pañuelo por la cara y el cuello, para enjugarse el sudor que brotaba en numerosas gotitas por los poros de su piel.

Detrás del coche quedaba una larga tolvanera de polvo, que se expandía lentamente por aquel desierto de cielo amarillo. La radio estaba abierta y los gangosos sonos de un cantante de moda llegaban claramente a oídos del conductor.

A lo lejos se divisaron una serie de romas colinas, que rompían la abrumadora monotonía de la planicie. Bert Culvey lanzó un suspiro de alivio.

—Al fin —dijo, sin poder contenerse.

Rosales estaba al otro lado de las colinas. Eran quince kilómetros solamente. Diez minutos más tarde, estaría en el hotel. Otros cinco minutos más y el agua de la ducha se llevaría el calor, el polvo y el sudor que cubrían su cuerpo.

Culvey se preguntó si Rosales era un pueblo que mereciese la pena. Pero era hombre acostumbrado a obedecer sin discutir demasiado. Si su jefe le llamaba, debía acudir. Nerrie Odlum se había portado siempre demasiado bien con él, como para no atender a la llamada, de cuya urgencia no cabía dudar.

Los ojos de Culvey lanzaron una mirada al maletín que tenía al lado de su asiento. Se preguntó a quién debería «despenar». Bueno, eso era cosa de Nerrie, pensó. Nerrie mandaba y él obedecía, eso era todo.

La línea recta de la carretera se transformó en una amplia curva, donde se iniciaba el serpenteo que permitiría llegar a lo alto del paso entre las colinas. El terreno se había hecho algo más

accidentado, sobre todo, a la derecha. Se veían algunas grietas y barrancas, causadas por el agua de lluvia en la corta época húmeda de la comarca.

Culvey seguía su camino, sin darse cuenta de que unos ojos le espiaban desde hacía rato con unos prismáticos. El hombre le había visto muchísimo antes, cuando todavía estaba en el horizonte. Culvey, por supuesto, no se había dado cuenta de nada.

En el punto donde estaba situado el individuo había una pequeña prominencia. La carretera pasaba a doce o quince metros más abajo. Al otro lado se veía una ancha barrancada, de una profundidad similar.

Junto al hombre que esperaba había una vieja carreta, usada tiempo atrás en alguna película del Oeste. El antiguo vehículo cuadraba perfectamente con el paisaje.

La carreta se hallaba al borde de la ladera, ya en posición inclinada, calzada una de sus ruedas con una piedra. El hombre fumaba apaciblemente, apoyado en uno de los tableros laterales del vehículo.

El automóvil se acercaba rápidamente. De pronto, el individuo que esperaba tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el tacón.

Se puso de cuclillas y observó críticamente la aproximación del coche. De pronto, quitó la piedra y, al mismo tiempo, empujó la carreta con la otra mano.

El cantante de voz gangosa había sido sustituido por una histérica joven que parecía ir a destrozar el altavoz con sus alaridos. A Culvey parecía agradarle mucho aquella canción, porque seguía el compás con la mano derecha, tamborileando con los dedos sobre el borde del volante.

De súbito, vio algo que le hizo perder el aliento.

¿De dónde diablos salía aquella condenada carreta que bajaba rodando enloquecidamente por la ladera?

La carreta llegó al camino, justo en el instante en que Culvey iba a pasar por aquel punto. Culvey ejecutó una maniobra desesperada, con un frenético golpe de volante a su derecha. Era lo que procedía hacer, pero el borde de la barrancada estaba demasiado cerca.

El coche se salió del camino y emprendió un estrepitoso descenso, seguido de cerca por la carreta. Dentro del primero, Culvey, aferrado con manos crispadas al volante, trataba de

aguantar como podía aquel enloquecido descenso.

Trozos de carrocería se quedaban en el camino. De repente, el morro del vehículo tropezó con un saliente. El coche se alzó y cayó pesadamente. Culvey fue sacudido con indescriptible violencia. Saltó casi en vertical y volvió a caer dentro, aunque ahora en el asiento de atrás. La carreta golpeó la zaga del automóvil con inenarrable estrépito.

La detención fue muy violenta, por lo súbita. Culvey salió proyectado esta vez hacia delante y se hundió de cabeza bajo el volante. Sus piernas se agitaron unos momentos con movimientos frenéticos, mientras trataba de abandonar aquella incómoda situación.

El hombre que había lanzado la carreta estaba ahora junto al borde del camino, haciendo rodar con las manos un gran barril metálico. Desde la altura vio los pataleos de Culvey y sonrió satisfecho.

Tranquilamente, preparó una rústica antorcha. Luego desenroscó el tapón del barril y mojó la antorcha en su contenido. Finalmente, apoyó el pie derecho en el cilindro y lo hizo rodar hacia el montón de hierros y maderas formado por el coche y la carreta.

Al rodar, la gasolina del barril se esparcía en irregulares surtidores. El individuo sacó su encendedor y aplicó la llama a la antorcha. Luego la arrojó hacia delante con todas sus fuerzas.

Culvey empezaba a salir de su mala postura, cuando oyó un tremendo golpe contra el abollado costado de su vehículo. Tenía la cara llena de sangre y el brazo izquierdo le dolía mucho. Probablemente, lo tenía fracturado.

Un penetrante olor, de fácil identificación, hirió de pronto su pituitaria. A Culvey se le pusieron los pelos de punta.

Miró hacia su izquierda. En el mismo instante, un reguero de llamas bajaba a gran velocidad por la ladera del barranco.

Culvey lanzó un chillido de pavor. Durante una fracción de segundo, tuvo tiempo de ver, arriba, en el borde de la barrancada, la silueta de un individuo, que reía divertidamente.

El fuego alcanzó el bidón. Culvey se puso en pie sobre el borde del automóvil. En aquel momento, se produjo la explosión.

Un terrible chorro de llamas alcanzó de lleno a Culvey, convirtiéndole instantáneamente en una antorcha viviente. El dolor

le hizo retorcerse como un poseso. Uno de sus pies falló y cayó hacia atrás, nuevamente dentro del coche..., dentro de aquel infierno de fuego, que se acreció segundos más tarde, cuando hizo explosión la gasolina contenida en el tanque del automóvil.

Aquella esbelta muchacha le pareció conocida a Gary REXIS, jefe de policía de Rosales. A causa del fuerte sol, REXIS llevaba puestas unas gafas de sol y se las quitó un instante para contemplarla mejor.

Ella tenía el pelo muy negro y la tez tostada. Sin duda le gustaban los baños de sol, porque sus hombros poseían igualmente un delicioso tono oscuro. Pero había zonas en que la piel se advertía muy blanca.

El vestido era ceñido y corto. En la mano derecha llevaba un bolso rojo de rafia. La chica parecía muy entretenida contemplando el interior del escaparate de una perfumería.

REXIS se apoyó en el marco del escaparate y cruzó los brazos.

—Apostaría la paga de un mes a que esta linda joven que estoy viendo con mis pecadores ojos es Bea Dane —dijo.

Ella volvió la cabeza y escrutó al hombre de uniforme que tenía frente a sí, un individuo de buena estatura, anchos hombros y brillante sonrisa. Sobre la camisa de sus mangas cortas se veía una insignia de inequívoco significado.

—Estoy parada y sin trabajo, por tanto, no puedo jugarle la paga —contestó Bea—. Pero si tuviese un empleo la apostaría a favor de decir que debajo de ese esplendente uniforme de policía se encuentra mi antiguo pretendiente Gary REXIS.

—¡El mismo, Bea! —REXIS casi saltó hacia ella—. Pero ¿qué demonios haces en Rosales? Es el último sitio donde habría esperado verte, hermosa.

Ella le tendió ambas manos.

—He vuelto al redil, Gary —contestó.

—¿Te fueron mal las cosas... allí?

Bea hizo una mueca. Todavía tenía sus manos entre las del policía.

—Podría decir que no me fueron de ninguna manera —contestó.

—Lo siento. Tú te merecías algo bueno.

—Como yo, las hay a miles, por no decir a millones. Fracase... y aquí estoy.

—Así pues, ¿admites tu fracaso?

Bea sonrió tristemente.

—No me gusta presumir de lo que no soy o no tengo, Gary —contestó.

—Eso me gusta, aunque me duele que no se hayan realizado tus ilusiones. Bea, dime, ¿qué fue de... de «él»?

—Pues no le he hecho nada, pero a veces me he sentido en la antesala de lo que comúnmente se llama crimen pasional. Pero pensé que no se merecía mi encierro en la cárcel por veinte o treinta años, aunque sí se tuviera bien merecidos cuatro tiros, y lo dejé. Que se los pegue otra, Gary.

—Un sensato modo de actuar —aprobó él—. Bea, voy a decirte una cosa: siempre te he apreciado mucho. Tengo una vacante en mi oficina...

—¡Pero si ya tengo un empleo! —exclamó ella, riendo—. Puede que no haya triunfado en el Este, pero mira, de un modo casi milagroso, me salió un contrato para actuar en mi propio pueblo.

Rexis se quedó desconcertado.

—Antes me dijiste...

—Bueno, quizá no me supe expresar bien, Gary. Lo que yo quería decir es que todavía no había empezado a actuar y, por lo tanto, no había cobrado el dinero suficiente para la apuesta.

—Ah, ya, ahora lo entiendo. Y, si no es indiscreción, ¿dónde piensas trabajar?

—Aún no conozco el local ni a su dueño, pero del primero te diré que es el Black Cactus.

Rexis torció el gesto. Bea lo advirtió en el acto.

—¿Qué te sucede? —preguntó—. ¿No te gusta lo que he dicho, Gary?

—Lo que no me gusta es el Black Cactus. Y su dueño, mucho menos todavía —respondió él.

—Gary, tú eres policía. Quizá piensas de una forma exagerada. Escribí a una antigua amiga, Gloria Miller, y me dio muy buenos informes del Black Cactus.

—Tiene motivos para hacerlo así, Bea —contestó Rexis—. Gloria es la encargada del local... oficialmente. De modo menos oficial, es otra cosa. Del dueño, Nerrie Odium, por si te suena también este nombre.

—Lo he oído, pero a él no le conozco siquiera. Gary, es un buen

contrato y yo necesito dinero —alegó Bea.

—Sí, te comprendo, pero, a pesar de todo, no me gusta.

—¿Tiene mala fama Odlum?

—Pésima —calificó Rexis sin titubear.

—Tú eres jefe de policía, según la placa. ¿Por qué se lo consientes, sea lo que sea?

Rexis se encogió de hombros.

—Los zorros también son malos para los gallineros, pero son astutos y no se dejan pescar tan fácilmente. Bien, de todas formas, que tengas mucha suerte y, por favor, límitate a lo tuyo y no te metas en nada más, ¿me entiendes?

—Lo haré así, Gary —prometió ella, a la vez que le tendía una mano.

Rexis se dirigió hacia su coche, situado a poca distancia, mientras Bea reanudaba su camino. De pronto, Rexis oyó la señal de llamada.

Metió la cabeza dentro del coche y tomó el micrófono.

—Habla el jefe Rexis —dijo—. Adelante.

—Coche dos al habla, señor. Accidente en la secundaria veintinueve. Un hombre carbonizado, doce kilómetros al Este de la ciudad.

—Está bien, coche dos. Voy para allá inmediatamente.

CAPÍTULO II

Los ojos de Nerrie Odlum contemplaron entre atónitos y furiosos al hombre que tenía frente a sí. Era un sujeto alto, delgado y de sonrisa cínica. Incluso parecía guapo.

Después de unos instantes de silencio, Odlum bajó la vista al documento que su visitante había traído consigo y que ahora estaba sobre la mesa de despacho.

—Oiga, Witter, ¿cuál de los dos es tonto?

—Usted, si no firma —dijo el visitante, impertérrito.

—Yo quería decir que uno de los dos es tonto. Yo, por portarme de manera tan considerada o usted, por traerme ese disparate escrito.

—Ninguno de los dos somos tontos, a decir verdad, pero usted corre peligro de convertirse en algo peor, si se niega a firmar.

Odlum soltó una estridente carcajada de burla.

—¡Es usted de una ingenuidad encantadora! —exclamó—. Pero ¿cómo iba a suponerse que yo podría vender mi local por un mísero puñado de dinero? ¿De qué mente enferma ha salido esa absurda idea?

—Ni la idea es absurda ni la mente del que quiere comprar su local está enferma —contestó Witter fríamente—. Por última vez, señor Odlum...

El dueño del Black Cactus apoyó la mano en un timbre, mientras miraba a su visitante con extraña sonrisa.

—Dentro de unos segundos tendrá mi respuesta definitiva, señor Witter —anunció.

La puerta se abrió. Dos sujetos, de rostro pétreo y gran corpulencia, aparecieron de pronto en el umbral.

—Este caballero solicita una lección —dijo Odlum—. Me parece que sois los más indicados para dársela, muchachos.

Los pistoleros avanzaron hacia Witter. De pronto, se pararon en

seco.

—Quietos, buenas piezas —dijo el visitante—. Al primero que intente tocarme, le meteré una bala en el estómago.

Witter apoyaba sus palabras con una pistola de gran calibre. Los recién llegados contemplaron el arma con expresión de disgusto.

Witter volvió ligeramente la cabeza hacia Odlum.

—Nerrie, volveré mañana —anunció—. Espero que, para entonces, haya reflexionado un poco más y tenga firmado el documento de venta. Yo le entregaré entonces el dinero. ¿Ha entendido?

La cara de Odlum aparecía congestionada.

—¡Salga, maldito sea! —bramó—. Salga de aquí y luego váyase de Rosales o le juro que no llegará vivo al día de mañana.

Witter soltó una sibilante risita. Sin dejar de apuntar con el arma a los pistoleros, se dirigió hacia la puerta.

—Mañana vendré a recoger ese documento. Firmado, por supuesto —se despidió.

Odlum se quedó a solas con sus satélites. Durante unos segundos, estuvo maldiciendo, hasta que le faltó el aliento.

Los pistoleros permanecían silenciosos, esperando la decisión de su jefe. De repente, un nuevo personaje hizo su irrupción en la estancia.

—¡Señor Odlum! —gritó—. La policía ha identificado al hombre que apareció carbonizado junto a su coche. Era Bert Culvey.

Odlum sintió que se le retiraba la sangre del rostro.

—Culvey —dijo.

Confiaba en él y ahora estaba muerto. De pronto, sin saber por qué, empezó a sentir miedo.

—Pero ¿qué diablos hacía la carreta junto al coche incendiado? —exclamó Greg Vinson, agente de policía y primer ayudante del jefe Rexis.

—Hace un año, se filmó allí una película del Oeste.

Algunos de los elementos del decorado quedaron abandonados. No resultaba económico retirarlos. Yo recuerdo haber visto la carreta en alguna ocasión, al pasar por aquella carretera.

—Yo también, pero estaba en el lado opuesto, arriba —dijo el ayudante.

—La respuesta es sencilla, Greg —dijo Rexis—. Alguien la hizo

rodar por la ladera, justo cuando el coche llegaba. Su conductor, instintivamente, se desvió hacia la derecha, con lo que el coche saltó al barranco. Los que le tendieron la emboscada, hicieron rodar un barril lleno de gasolina, seguramente, con una mecha ya encendida. Imagínate el resto, Greg.

—Sí —convino Vinson—, es fácil imaginárselo. Pero ¿por qué lo asesinaron?

Rexis tomó un papel que tenía sobre la mesa y leyó:

—«Bert Culvey, treinta y siete años, piel blanca, ojos azules, rubio, metro setenta y seis de estatura, procesado tres veces por asesinato y absuelto por falta de pruebas». No las hay, pero la policía de Kansas City afirma que era un pistolero a sueldo.

—Y venía para «trabajar» con alguien.

—Evidentemente, Greg.

—Sí, pero ¿quién es ese alguien, jefe?

Rexis se echó hacia atrás en su asiento.

—Greg, Rosales era hasta hace poco un pueblo tranquilo y pacífico. Tenemos una situación privilegiada y alguien se ha dado cuenta de ello —manifestó sosegadamente—. La frontera está solo a doce kilómetros al Sur y tenemos también una agradable vecindad con Arizona. Prácticamente, basta estirar el pie al otro lado de Sun Hills, para que estemos en otro Estado. La gente, por lo general, es amable y pacífica. ¿Qué más pueden pedir los que desean convertir el pueblo en su feudo particular?

—¿Sugiere usted que una banda organizada puede instalarse en Rosales?

—¿No la tenemos ya? Me refiero a Nerrie Odlum, por supuesto.

Vinson torció el gesto.

—¿A quién diablos se le ocurrió darle el permiso para abrir su local? —masculló.

—Yo no era el jefe entonces y, aunque lo he intentado, no he conseguido hallar motivos para clausurar Black Cactus —respondió Rexis.

—Sí, ése es el punto de pus de Rosales —gruñó el ayudante—. Pero seguimos en lo mismo. ¿Quién «importaba» a Culvey?

Rexis se puso en pie.

—Estoy esperando más informes de la policía de Kansas City —respondió—. Lo que tenemos ahí es sólo un avance. Avísame en

cuanto llegue algo.

—Sí, señor.

—Ah, y dile a Kelly que vigile discretamente Black Cactus. La trasera, por supuesto.

—Hay un buen sitio al otro lado, a unos cincuenta pasos: los corrales de Michelson.

—Kelly se puede vestir de jinete. Odlum es demasiado listo y puede que haya calculado también esa eventualidad. De todas formas, no es necesario que se pase el día sentado en una cerca. Basta con que vaya de vez en cuando y charle con Michelson y alguno de sus empleados. Son buena gente.

—Sí, señor. Pero ¿qué va a hacer usted mientras?

—¿Yo? —Rexis sonrió—. Voy a sostener una interesante charla con Nerrie Odlum. Telefonéame al Black Cactus si llega algún mensaje para mí.

—Bien, jefe.

Era demasiado pronto todavía y Black Cactus estaba vacío. Un par de camareros arreglaban las mesas, bajo la supervisión de una espléndida rubia, que vestía audazmente una especie de blusa sin faldas y unos *shorts* de color negro. Gloria Miller oyó pasos en la entrada y se volvió.

Rexis se quitó las gafas de color. El escote delantero de la mujer era tan osado como el de la espalda.

Ella sonrió al verle.

—¿Sediento, Gary? —repuso.

—De tu belleza, en todo caso —contestó él galantemente—. Aunque ya sé que no puedo beber de esa fuente de hermosura.

Gloria lanzó una argentina carcajada.

—No tengo dueño —contestó—. Pero estoy deseando convertirme en la esclava de un hombre.

—¿Qué me dices de Nerrie?

—Sólo tiene la figura de un hombre. —Ella se colgó del brazo del visitante—. Anda, ven, te invito a saciar tu sed... física.

—Sólo cerveza, querida.

—Huy, qué apelativo. ¿De veras me quieres, Gary?

—Yo quiero a todos los seres humanos. Tú lo eres, ¿verdad?

—Algunos dicen que sólo soy un bello animal. —Gloria pasó tras

el mostrador y abrió uno de los frigoríficos—. ¿Cuál es tu opinión, Gary?

—A lo que tú tienes se pueden aplicar muchas opiniones. También a algunas cosas de las que haces, Gloria.

Ella dejó de sonreír de pronto. La lata de cerveza chasqueó cuando la llave automática entró en funcionamiento.

—En este pueblo, la gente tiene una condenada afición a meter las narices donde no le importa —dijo secamente.

—Sobre todo, yo.

—Tú eres distinto. Tu cargo te obliga a ello.

—¿Y no te molesta?

—¿Por qué iba a molestarme? —Gloria se encogió de hombros—. Cada cual tiene su oficio y lo desempeña lo mejor que sabe.

—Es cierto. Si te he molestado, discúlpame.

—No te preocupes —sonrió ella nuevamente—. Pero me extraña verte aquí a estas horas. No es tu costumbre, Gary.

—Vengo a hablar con tu jefe —declaró él.

—¿Asunto grave?

—Tal vez. Sólo quiero preguntarle si conocía a un tipo llamado Bert Culvey.

—¿Quién es Culvey?

—El hombre que se encontró ayer, carbonizado, dentro de su coche.

—Recuerdo la noticia, Gary. Pero yo no sé darte ningún detalle respecto a ese desgraciado.

—Quizá tu jefe pueda hacerlo. —Rexis había ido bebiendo la cerveza a sorbos, mientras hablaba, y dejó la lata sobre la mesa—. ¿Está en su despacho, hermosa?

—Sí. ¿Puedo hacerte una consulta?

—Lo que quieras. Tu belleza te da derecho a ello.

—Galante como nadie —rió Gloria—. ¿Cuándo vienes a cenar conmigo?

—¿Aquí?

—No seas tonto. En mi casa.

Rexis captó un brillo especial en los ojos de la joven y sonrió.

—Me agradecería, pero...

—¿Lo dudas, Gary?

El calló. Gloria pareció adivinar sus pensamientos.

—Objetas la invitación —dijo.

—¿Por qué me la has hecho? —Se dolió Rexis.

—No te preocupes —contestó ella con voz envarada—. Olvídalo.

—Dispénsame, Gloria; no era mi intención molestarte.

—Por supuesto, Gary. Quizá es que yo no he sabido ser prudente. Perdóname, tengo trabajo.

Lo joven se alejó. Rexis contempló con ojos entre melancólicos y envidiosos la espléndida silueta de aquella mujer, de tan atractiva apariencia y hechos nada agradables para un hombre honesto, como era él.

Suspirando resignado, se apeó del taburete y buscó la entrada del despacho privado del dueño de Black Cactus.

CAPÍTULO III

Nerrie Odlum miró de hito en hito a su fornido visitante.

—Así que ha venido a ver si yo conocía a Burt Culvey —dijo.

—Sí —confirmó el jefe de policía.

—No.

—¿No lo conocía?

—¿Hablo en tailandés?

—El «no» suele ser muy parecido en todos los idiomas. Pero todo depende de la sinceridad que hay detrás de tal negativa.

—Usted no me cree, jefe.

—Me gustaría creerle, señor Odlum.

—Está bien, piense como guste. Por ello no variará las cosas como son.

—Como usted quiere que sean, que no es lo mismo.

Odlum se encogió de hombros.

—Escuche, Rexis, dígame usted para qué diablos iba a querer yo contratar a un asesino particular —rezongó.

—Por eso estoy aquí, ¿no le parece?

—Vamos, vamos... —Odlum soltó una burlona risotada—. No es cierto que yo hubiese contratado a Culvey, pero, si lo hubiera hecho, ¿cree que se lo diría?

—Evidentemente, no. Pero si no es usted, ¿quién otro iba a contratarlo en Rosales?

—¿Es que no hay nadie más en este maldito pueblo que desee la muerte de alguno de sus semejantes?

—Entonces, admite que quiere matar a alguien.

Pillado en falta, Odlum vomitó un juramento.

—No me venga con sofismas, jefe —masculló a continuación.

—¡Qué culto es usted! —rió Rexis—. Sofisma es una verdad aparente que se hace pasar como auténtica. Pero lo de Culvey no es un sofisma.

—Tómelo como guste. Yo no quiero matar a nadie, mi negocio es totalmente decente. Y no conocía a Culvey ni jamás había oído hablar de él hasta que usted lo mencionó.

—Odlum, es usted un hombre afortunado. Este permiso de apertura de su local se concedió contra mi opinión. Claro que entonces yo era un simple ayudante del jefe de policía.

—Y ahora lo es, pero no puede cerrarlo solo por meras antipatías.

—Todo depende de que no traspase usted ciertos límites legales.

—Actúo siempre dentro de la ley, jefe. Pero aunque usted encontrase motivos suficiente para clausurar mi local, tendría antes que solicitar permiso del Municipio. Y debería alegar unos motivos muy poderosos, para que le concediesen ese permiso.

—Sí, he oído algo respecto a su buena amistad con alguno de los concejales. Pero ni eso le valdría si encuentro las suficientes razones para cerrar el local.

Rexis se dirigió hacia la puerta. Desde allí, se volvió hacia Odlum.

—Rosales es un pueblo tranquilo. Las gentes son muy liberales, pero sólo hasta cierto punto. Trate de entender el sentido de esta frase —se despidió secamente.

Una explosión de calor le dio de lleno al salir a la calle. Sentíase furioso y decepcionado a un tiempo.

Culvey había sido asesinado, de ello no cabía la menor duda. ¿Acaso por miembros de una banda rival de Odlum?

Pero, en todo caso, ¿dónde estaba esa banda, si hasta el momento no había hecho el menor gesto que denotase su presencia en la ciudad?

Mientras Rexis se entregaba a sus pocas consoladoras reflexiones, el teléfono sonaba en el despacho del dueño de Black Cactus.

Odlum levantó el aparato y dio su nombre. Una voz sarcástica sonó al instante en sus tímpanos:

—¿Y bien? ¿Todavía no ha tomado ninguna decisión con respecto al negocio que le propuse esta mañana?

—¡Váyase al diablo! —barbotó Odlum—. ¿Le gusta mi respuesta?

Alguien rió al otro lado de la línea.

—Volveré mañana. Entréense para que la firma le salga legible —se despidió Witter.

Odlum colgó el teléfono, furioso. Si Witter osaba aparecer al día siguiente por su despacho, haría que sus fieles esbirros le hiciesen conocer su respuesta de un modo definitivo y contundente. Sobre todo, muy contundente.

—Para que no lo olvide jamás —dijo a media voz.

—Parece ser que Culvey estaba contratado por Odlum. Pero no tenemos ninguna prueba de ello —dijo Rexis en su oficina.

—Kansas City no ha enviado todavía ningún nuevo informe —manifestó Greg Vinson.

—Quizá no proceda de allí y sólo llevaba el coche con las placas de ese estado —opinó Rexis—. Pero lo que me preocupa es que Odlum contratase a un asesino profesional. Las armas que se encontraron lo demuestran.

—Bueno, si tenía que quitar a alguien de en medio...

—¿A quién? Odlum lleva aquí un par de años y, hasta ahora, se ha portado con relativo decoro. No demasiado, todo hay que decirlo, pero no parece tener enemigos de la talla suficiente para quitarlos por el expeditivo procedimiento de contratar a un asesino.

—Este caso nos va a dar muchos dolores de cabeza, jefe —se quejó Vinson.

—Ojalá quede todo en dolores de cabeza, Greg. A mí me da la impresión de que Odlum contrató a Culvey para defenderse de una banda rival.

—Hombre, jefe, ¿es que no tiene a Bick Calloway y a Laid Dugan? A mí me parece que esos tipos son suficientes para mantener a raya a cualquiera.

—Sí, siempre que se trate de paletos que vienen a divertirse un rato por las noches y se desmandan con el licor o con las chicas... o con ambas cosas a la vez. Pero no cuando se trata de una banda poderosa. Ni Calloway ni Dugan habrían asustado a un tipo del calibre de Culvey.

—¿Y quiénes componen esa banda? Porque, hasta ahora, yo no he oído hablar de ella, jefe.

—Sólo son suposiciones mías, Greg —dijo Rexis malhumoradamente—. Pero si no es así, no comprendo el viaje de Culvey a Rosales.

—Sea como sea, alguien le salió al paso, provocó el accidente y lo «apioló».

—Lo que significa que ese alguien estaba enterado de su viaje y no quería que trabajase para Odlum. Culvey era un tipo peligroso de veras, ¿comprendes?

Vinson hizo un gesto con las manos, como queriendo decir que no, que no comprendía nada. De pronto, Rexis chasqueó los dedos.

—Ya está —dijo.

—¿La solución, jefe? —preguntó Vinson esperanzadoramente.

—Bueno, por lo menos, la probabilidad de obtener algunos informes de interés. —Rexis sonrió—. Esta tarde, rechacé una invitación para cenar. Creo que la aceptaré, aunque no sea más que para tomar una copa.

—¿Se puede saber quién le invitó, jefe?

—Claro, no tengo por qué ocultarlo. Gloria Miller.

Vinson silbó.

—Es la chica del dueño de Black Cactus —exclamó—. Una mujer hermosa, donde las haya. Pero no sabía que fuese tan amiga suya, jefe.

—Existe entre ambos la suficiente amistad, si no para cenar juntos, sí para tomar una copa —contestó Rexis.

Ron Kelly, otro de los agentes de la pequeña oficina de policía de Rosales, entró en aquel momento.

—Nada nuevo hasta ahora, jefe —informó.

Cubiertos los desnudos hombros con un chal blanco, Gloria Miller salió por la puerta de servicio de Black Cactus y se dirigió a su coche, un convertible blanco estacionado a poca distancia. Al abrir la portezuela, un hombre se acercó por el otro lado.

—¿Hay un sitio para mí, Gloria? —solicitó Rexis.

Ella le dirigió una mirada escrutadora.

—¿A quién debo aceptar en mi coche: a Gary Rexis o al jefe de policía de Rosales? —dijo con desabrido acento.

—Ahora sólo soy un hombre —contestó él.

—Muy bien, sube. ¿Adónde te llevo?

—A tu casa.

Gloria se sorprendió un instante de la respuesta. Luego, rehaciéndose, abrió el bolso, sacó la llave de contacto y la insertó en su sitio.

El motor arrancó satisfactoriamente. Segundos después, el automóvil emprendía la marcha a buena velocidad.

—Cuidado, Gloria —advirtió Rexis de buen humor—. Hay patrullas de caminos. No me dejarías en buen lugar, si un agente te detuviera por exceso de velocidad.

—Estás de broma, Gary —contestó ella—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—El hombre también es *móvil*. Además, a estas horas, cerca de las dos de la madrugada, no vamos a cenar juntos. Pero sí espero que me invites a una copa.

—Si sólo es una copa...

—Soy moderado en todo, menos en una cosa, Gloria.

—¿Cuál es, Gary?

—La admiración de la belleza.

—No me vengas ahora con adulaciones —dijo ella, sin abandonar su tono de aspereza—. Esta tarde te invité a cenar y lo rechazaste. Ahora, de repente, te arrepientes..., claro que a estas horas no te ve nadie en mi poca honrosa compañía.

—Quizá no me vea nadie, pero hay alguien que lo sabe.

—¿Puedo saber su nombre?

—Todos los agentes de mi departamento.

—¡Vaya! —rió ella, nerviosa—. ¿Y por qué no lo has divulgado en el *Rosales Times* o en la emisora de radio local?

—¿Para qué? No es necesario que lo sepa nadie más, hermosa. Ni siquiera Odlum.

—Eso no me importa en absoluto, Gary.

—¿De veras?

Las manos de la joven se crisparon sobre el volante.

—Cuando no estoy en mi trabajo, soy absolutamente libre de hacer lo que me viene en gana —respondió.

—Siempre que Odlum no alegue prioridad sobre tus obligaciones particulares.

Gloria prefirió guardar silencio. Ya habían salido de la ciudad y la luz de la luna se derramaba por la llanura circundante.

De pronto, ella se desvió por un camino particular. Cien metros más adelante, detuvo el coche ante un edificio solitario, situado en una pequeña loma, con varios árboles.

La luna se duplicaba en las quietas aguas de una piscina. Gloria

saltó del coche y extendió la mano hacia la casa:

—Bienvenido al antro de perdición, jefe Rexis —dijo burlonamente.

CAPÍTULO IV

Calloway y Dugan, los dos guardaespaldas de Odlum, salieron del local y se dirigieron hacia el coche que les esperaba a pocos pasos de distancia. Calloway abrió la puerta del conductor y se sentó tras el volante. Dugan lo hizo a su lado.

El coche arrancó. Apenas unos segundos más tarde, oyeron una voz a sus espaldas:

—Les estoy apuntando con un bonito quitapenas del cuarenta y cinco. Si alguno hace el menor ademán ofensivo, se encontrará sin cabeza en un instante. ¿Entendido?

La sorpresa de los pistoleros fue total. Calloway sintió en su nuca el frío cañón de una pistola.

—Siga recto hacia el Norte y no se pare hasta que yo se lo ordene —continuó el desconocido—. Usted, Dugan, deme su pistola. No intente nada, repito, o apretaré el gatillo.

—Dásela, Laid —dijo Calloway, que sudaba a mares—. No haga nada: este tipo tiene su pistola apoyada en mi nuca.

Detrás de ellos, Lang Witter emitió una risa de serpiente.

—Así me gusta, chicos. —Ya tenía en su poder el arma de Dugan—. Ahora, usted, Calloway.

El aludido obedeció. Más tranquilo, Witter se reclinó en el asiento posterior con toda comodidad. Incluso encendió un cigarrillo.

El coche rodaba a buena velocidad, aunque sin excesos perjudiciales. Una vez pasó ante un automóvil de patrulla, pero los agentes no les dijeron nada.

Veinte minutos más tarde, Witter dio una orden:

—A la derecha.

Calloway hizo girar el coche y lo metió por un sendero apenas marcado, entre cactus y espinos. Delante de ellos, guiñaron los faros de otro automóvil.

—Para, Calloway.

El vehículo se detuvo. Cuatro hombres salieron corriendo a su encuentro.

Witter se apeó. Dugan y Calloway se sentían invadidos por un miedo espantoso.

Los dos individuos fueron sacados del coche a empujones. Witter hizo un gesto con la mano.

—Bueno, muchachos, adelante con ellos —dijo, displicente.

—Pero ¿qué van a hacer con nosotros? —preguntó Dugan, angustiado.

De repente, Calloway lanzó un chillido de dolor, al sentir en las posaderas el tremendo latigazo de una fina vara de madera.

Dugan gritó también. Cuatro varas de dura y flexible madera cayeron sobre ellos, golpeándoles sin compasión.

Witter encendió otro cigarrillo, mientras contemplaba la escena a la luz de la luna. Las varas se movían incesante y despiadadamente.

Fue un apaleamiento brutal. A última hora, Calloway y Dugan apenas se movían, gimiendo sordamente cada vez que recibían un golpe.

—Basta —cortó Witter, cuando creyó que los dos rufianes tenían suficiente—. Ahora, un poco de agua.

Uno de sus subordinados vino con una cantimplora de agua, cuyo contenido derramó sobre los dos apaleados pistoleros. Calloway y Dugan conservaban el conocimiento pleno, pero estaban demasiado molidos para intentar moverse.

—Y ahora, un consejito, amigos —dijo Witter—. Volved al coche y en marcha hacia la frontera. Pero no me refiero a la de México, sino a la de Canadá. Esto que os hemos hecho ha sido una simple advertencia: si os vuelvo a ver por Rosales, haré que os llenen el cuerpo de plomo.

—Ya sé por qué no aceptaste la invitación a cenar —dijo Gloria.

—¿Sí?

—Por dos razones, Gary.

—A ver, dímelas.

Gloria se sentó junto a Rexis. El policía tenía en la mano una copa medio llena y percibió en el acto el suave calorcillo que se desprendía del cuerpo de la joven.

—Primera, mi empleo —dijo ella.
—Tal vez.
—No te gusta, Gary.
—¿Ganas mucho dinero como encargada del local?
—Es un buen sueldo, en efecto.
—Y comisiones.
—Alguna, lo admito.
—¿Sobre bebidas o sobre juego?
—Yo no intervengo en las salas de juego, Gary. Eso es cosa personal del jefe y de su secretario, Clay Thomas.
—Secretario y contable, creo.
—Sí, Gary.
—Así, pues, lo tuyo es únicamente la sala de fiestas.
—Exacto.
—Bueno, sigamos con tus razones.
—Todavía no me has dicho lo que opinas de mi empleo, Gary.
—¿Consideras mi opinión muy importante?
—Así es —admitió ella.
—El Black Cactus no tiene buena fama —alegó Rexis.
—En ese local, trabajan honradísimos padres de familia, Gary.
—No hablamos de ellos, hablamos de ti.
—No seas escurridizo. Quiero saber qué te parece mi empleo.
—¿He de ser sincero?
—Lo exijo.
—No me gusta, Gloria.
—Me lo imaginaba.
—Perdóname, pero me has exigido sinceridad.
—Y es lo que yo quería saber. Pero no fundas tu desagrado en un motivo convincente.
—¿Te parece poco motivo el Black Cactus?
—La tuya es una opinión retrógrada. ¿Acaso preferirías verme en la cocina, con un delantal? —exclamó ella, picada.
—Veo que no nos entendemos, Gloria. Sigamos, ¿te parece bien?
—Perfecto. Ahora te diré la segunda razón por la cual te mostrabas un tanto reticente cuando te invité a cenar.
—Quizá es que no tienes delantal para meterte en la cocina.
—No seas mordaz —le apostrofó la joven—. Sencillamente, pensabas en que yo soy la chica de Odlum.

—¿Y por qué había de pensarlo?

—No eres el único en Rosales, Gary.

—Gloria, ya eres mayorcita para saber lo que te haces en determinados asuntos. Como comprenderás, hay cosas que yo no te puedo prohibir. Ni, seguramente, tú lo admitirías.

—En eso tienes mucha razón. Pero ahora estás aquí, habiendo desdeñado esos dos motivos que te impidieron aceptar mi invitación. Y yo quiero saber por qué has cambiado de modo de pensar y, aunque no sea una cena, me has pedido una copa.

—¿Te lo digo claramente?

—Sí, Gary.

—Se expresa con dos palabras: Black Cactus.

—Mucha gente le achaca una pésima fama —dijo Gloria.

—Con bastante razón, tienes que convenirlo conmigo.

—Según tu modo de pensar, claro. ¿Qué esperas de mí: confidencias sobre hechos ilegales, drogas o trampas en las salas de juego?

Rexis suspiró.

—Ya no —contestó, a la vez que se ponía en pie—. Carezco de dotes diplomáticas, Gloria.

Ella sonrió burlonamente.

—Si no fueses policía, me hubiera gustado esa faceta de tu carácter —manifestó.

Rexis recogió su sombrero.

—Ha sido una velada muy agradable —se despidió.

—Mentiroso.

El joven se volvió y la miró. Gloria estaba reclinada indolentemente en el diván, cubierta con un peinador de seda negra, semitransparente, que había sustituido al vestido que usaba durante su trabajo.

—Mañana te enviaré el coche —dijo él.

—No te preocupes. Déjalo en el estacionamiento del club. Tomaré el autobús que viene de la frontera.

—Como quieras. Adiós, Gloria.

—Será mejor que aprendas un poco de diplomacia, Gary —le despidió ella irónicamente.

Desde la puerta, Rexis la miró por última vez.

—Tal vez una buena diplomacia habría consistido en olvidar que

eres la chica de Odlum —dijo.

Ella lanzó un grito de rabia. Cuando quiso decir algo, Rexis había cerrado ya la puerta.

Luego se incorporó. Se acercó a la ventana y, algo más calmada, con la sonrisa en los labios, presencié la marcha del automóvil.

—Volverás, Gary, ya lo creo que volverás —musitó.

—Le he dicho que no y se me ha reído en mis narices —barbotó Odlum.

—¿Por qué no ha avisado a Laid y a Bick, jefe? —preguntó Clay Thomas.

—Porque no sé dónde están —gritó Odlum descompuestamente. Con la mano derecha, se golpeó el costoso reloj de oro que llevaba en la muñeca izquierda—. Las doce de la noche y todavía no se les ha visto el pelo.

—No sé dónde están, la verdad. Yo tampoco los he visto, ni siquiera en el Mexican Restaurant, que es adonde suelen acudir a almorzar.

Odlum sintió de pronto una extraña premonición, pero se abstuvo de comunicársela a su secretario.

—Espero que no hayan cometido una barbaridad y el jefe Rexis los haya metido en la cárcel —dijo.

—Ya lo sabríamos —alegó Thomas.

—Es verdad. Bueno, tendremos que pasarnos sin ellos. ¿Hay noticias de Kansas City?

—Ninguna, jefe.

Odlum volvió a maldecir.

—Culvey nos hubiera resuelto muchos problemas —dijo.

—Tendrá que buscar a otro, no le queda más remedio.

—Sí, ya lo sé. Anda, sigue en tu trabajo, Clay; ya pensaré algo.

—Me gustaría irme a casa. Morris, el jefe de *croupiers*, puede entregarle la liquidación. Bastará que mañana me dé usted la nota, para yo pasarla a los libros.

—Conforme, Clay.

Thomas abandonó el local. Entró en su coche y, apenas había rodado una veintena de metros, sintió en su nuca el cañón de una pistola.

—Recto hacia el Norte —ordenó Witter.

Thomas se sintió lleno de pánico.

—Pero ¿qué...?

—Obedezca y calle.

—Creo que le conozco. Usted es Witter.

—Sí.

—Oiga, Witter, podríamos llegar a un acuerdo... Yo conozco muchas de las interioridades del Black Cactus...

—No me interesa.

A Thomas le pareció de pronto que la pistola era de hielo. ¿O era que toda su espalda se había convertido en hielo repentinamente?

Treinta minutos más tarde, el automóvil se desvió por el camino que otro coche había utilizado la víspera.

—Bájese, Clay —ordenó Witter.

El hombre obedeció, temblando. Dio un paso y, en el mismo instante, sintió un terrible dolor en la nuca.

El dolor, sin embargo, duró fracciones de segundo. La pérdida de conocimiento sobrevino en el acto, tras recibir el balazo mortal.

El cuerpo de Thomas se desplomó como un fardo. Dos hombres salieron de la espesura cercana.

—Ya podéis enterrarlo —dijo Witter fríamente—. El coche, a un barranco, pero que no se incendie. Adiós.

Witter subió a otro coche que había escondido en las inmediaciones. Arrancó y, sin lanzar hacia atrás una sola mirada, emprendió el camino de regreso a la ciudad.

CAPÍTULO V

Estaba encaramada en un taburete, tomando un refresco con la ayuda de un par de pajitas. Lo primero que Rexis vio fueron sus piernas a través del cristal exterior. Levantó los ojos un poco más y reconoció a la joven.

Entró y se acodó en la barra a su lado.

—Hola, Bea —saludó.

Ella le miró y le dirigió una cálida sonrisa.

—¿Cómo estás, Gary? —dijo.

—Embobado. ¿Te digo los motivos?

Bea lanzó una alegre carcajada.

—Siempre fuiste igual de exagerado. Los años no te han cambiado, querido.

—A ti te han mejorado infinitamente, Bea.

—Soy la misma que se marchó de aquí hace cuatro años, con veintiuno auestas y un saco de ilusiones en el equipaje. El saco se rompió y me quedé sin ilusiones.

—A tu edad, con esa cara y ese tipo, no se puede ser pesimista. Te lo voy a prohibir.

—Eres un chico estupendo y me alegra oírte hablar así, Gary.

—Nada de chico. Voy camino de los treinta y dos.

—Oh, Matusalén con uniforme y estrella de jefe de policía. ¿Por qué no te dejas la barba y te la pintas de blanco?

—Despiadada —dijo Rexis, sin dejar de sonreír—. ¿Puedo pedirte un favor, Bea?

—Mil favores, querido. ¿De qué se trata?

—¿Qué tal tu trabajo en Black Cactus?

—Todavía no he empezado, Gary.

Rexis alzó las cejas.

—Incomprensible —calificó.

—No tanto. Estoy renovando el vestuario, aunque reparar sería

la palabra correcta, y, además, ando en tratos con la orquesta.

—¿Para qué?

—Hombre, iniciaré mis actuaciones dentro de dos o tres días. Al público no le gustaría que yo fuese por un lado y la orquesta por otro.

—Oh, sí, claro, dispensa; no se me había ocurrido pensar en ello. Pero hay algo que quiero decirte, Bea.

—¿Qué es, Gary?

—Black Cactus no es un buen sitio. Yo te conocía en tiempos y sé que eres una chica excelente.

—Agradecida, Gary.

—Comprendo que necesitas el dinero y no te lo reprocho. Pero ten cuidado.

—Seguiré tus consejos —prometió ella.

—Y que triunfes —deseó el jefe de policía.

—Falta me haría. ¿Quién sabe si ello no significaría un relanzamiento en mi carrera?

—Ojalá sea así —Rexis se apeó del taburete y bajó la voz—. Bea, si ves algo extraño en Black Cactus, no dejes de comunicármelo, aunque con la máxima discreción, por supuesto.

—Descuida, querido.

—A propósito, ¿dónde te alojas?

—He tomado un departamento individual en el Three Palms Motel. Es un sitio tranquilo. Me gusta.

—Queda un poco lejos del pueblo, ¿no crees?

Bea hizo un gesto ambiguo.

—Con automóvil, las distancias hoy día no son nada —respondió.

—He observado algo curioso, jefe —manifestó el agente Ron Kelly.

—¿Sí, Ron? —murmuró Rexis, muy entretenido en contemplar un gran mapa de la zona, que había colgado en su despacho.

—Nerrie Odlum tiene dos matones para, digamos, guardar el orden dentro de su local. Son pura fachada, por supuesto; vi una vez a Ricardo González, el de la granja del Sur, sacar una navaja de a palmo y ponerles los pelos de punta. Ricardo, aunque me esté mal decirlo, tenía razón, pero el caso es que tanto Calloway como Dugan no dijeron ni pío. Y si no es por el propio Odlum, que arregló

el follón diplomáticamente, porque le convenía, no sé adónde hubieran ido a parar esos dos valentones.

«Diplomáticamente. ¿Cómo me gustaría a mi arreglar las cosas así?», pensó Gary Rexis.

—¿Y bien, a qué viene todo esto? —Se volvió hacia el subordinado.

—Bueno, hace más de veinticuatro horas, concretamente, desde anteayer por la noche, que no he visto el pelo a esos tipos. Eso es extraño, jefe; Black Cactus funcionó anoche con toda normalidad. Calloway y Dugan tenían que haber estado en sus puestos; jamás fallan a su trabajo. Pero anoche no estuvieron.

—Lo tendré en cuenta, Ron. ¿Algo más?

—No, salvo que Odlum me pareció muy preocupado. Eso es todo, jefe.

Otro agente entró en aquel momento. Era Jack Lozano, de unos treinta y siete años, bajo, rechoncho, con un gran bigote.

—Me parece haber oído mencionar dos nombres tristemente célebres en ciertos ambientes de Rosales —dijo.

—Así es, Jack —confirmó Rexis—. Precisamente Ron me estaba diciendo que hace ya casi dos días que faltan a su trabajo en Black Cactus.

—Es curioso. —Lozano se rascó la mejilla con el pulgar—. Anteanoche vi yo a esos dos tipos, dirigiéndose hacia el Norte.

—¿Seguro, Jack? —preguntó Kelly con avidez.

—No puedo engañarme. Los conozco demasiado bien, hasta por su silueta. Y también conozco su coche de sobras para permitirme un error.

—¿Dónde los vio usted, Jack? —inquirió Rexis.

—A unos doce kilómetros al Norte. Yo estaba parado con Benny Mykers en el cruce del Camino de los Mezquites. Recuerdo perfectamente que lo comenté con Benny, porque, a esas horas, Calloway y Dugan tenían que estar en su trabajo. Incluso nos pareció que llevaban un pasajero en el asiento de atrás, pero no puedo asegurarlo.

—Será cosa de investigar qué han hecho —dijo Rexis.

—Yo me encargaré del asunto, jefe —contestó Kelly.

—Muy bien, no se hable más. A propósito, Jack, gracias por haber venido tan oportunamente. Tengo algo para usted, no hoy,

claro, sino mañana por la mañana.

—Lo que usted mande, jefe.

Rexis hizo un gesto con la mano.

—Acérquese al mapa, por favor —solicitó—. Esto es cosa de un hombre solo, de modo que no es necesario que vaya con Benny. ¿Conoce el viejo Cerro del Telégrafo?

—Perfectamente, jefe. Desde allí se ve la frontera con toda claridad —respondió Lozano.

—De eso quería hablarle, Jack —sonrió Rexis.

La boca del cañón de la pistola que Odlum tenía en su nuca estaba helada. El también estaba helado de terror.

Había sido sorprendido al salir de su club. Ya no le cabía la menor duda de que era Witter el hombre que estaba tras él.

Hacía ya un buen trato que rodaban hacia el Norte. Odlum no sabía más; Witter le había dado una orden al principio y no había vuelto a despegar los labios, desde entonces.

Odlum sudaba copiosamente. ¿Cómo era posible que se hubiese dejado atrapar de un modo tan estúpido?

De pronto, Witter dijo:

—A la derecha.

Odlum obedeció. Quinientos metros más adelante, vio guiñar las luces de un coche frente al suyo.

—Pare.

Cuatro hombres rodearon inmediatamente el vehículo. Odlum fue sacado a empujones. Witter le golpeó en un pómulo con el cañón de la pistola, arrancándole un aullido de dolor.

—Para que aprendas a obedecer a la primera —dijo—. ¡Luz! —pidió.

Uno de sus silenciosos esbirros encendió una lámpara portátil. Witter sacó un documento del interior de su chaqueta, lo desplegó y lo apoyó en el maletero del coche.

—Ven a firmar, Odlum —ordenó.

—¡No! —protestó el aludido.

Witter sonrió turbiamente.

—Chicos, ¿no tenéis los zapatos llenos de polvo? —dijo.

Cuatro piernas empezaron a moverse de inmediato. Odlum iba de un lado para otro, recibiendo puntapiés a mansalva. Chillaba y se debatía ferozmente, pero era un pelele indefenso y sus fútiles

esfuerzos no le sirvieron para nada.

—Basta —ordenó Witter—. Traédmelo aquí.

Uno de los secuaces agarró a Odlum por una de sus orejas y lo arrastró hasta la zaga de su propio coche. Otro sostenía una linterna, enfocada hacia el documento de venta.

—¡Firma! —rugió Witter.

Sangrando interiormente, Odlum cedió. Al terminar, Witter le tiró a la cara un paquete de billetes.

—Y ahora mismo, largo de aquí. Sube al coche y no pares hasta la frontera del Canadá —ordenó.

Tambaleándose como un beodo, Odlum se dirigió hacia el coche. Abrió la portezuela y se sentó tras el volante.

Durante unos momentos, permaneció inmóvil, tratando de recuperar el aliento. Luego pensó en la pistola que guardaba en la guantera.

Había perdido, se dijo. Pero aquel condenado Witter iba a perder más todavía. Por lo menos, no le dejaría disfrutar de su negocio.

Arrancó el motor. Luego, alargó la mano derecha y abrió la guantera disimuladamente.

Tenía que maniobrar para enfilar el camino en la dirección correcta. Hizo girar el coche y, cuando pisaba el acelerador a fondo, sacó la pistola por la ventanilla empezó a disparar frenéticamente.

Sonaron unos chillidos de alarma. Witter se agachó.

Detrás de él, a su derecha, alguien rugió, a la vez que se llevaba ambas manos a la cara. El hombre, con el rostro deshecho por dos balas, se tambaleó un poco antes de caer sobre la tierra.

El coche se alejó velozmente. Los otros pistoleros sacaron sus armas.

Tres pistolas concentraron su fuego contra el coche que huía. Odlum sintió de pronto un pinchazo en la espalda.

Se estremeció convulsivamente. Todo empezó a nublarse delante de él.

A su izquierda, había un barranco. El coche se desvió y saltó al fondo, con gran estrépito de vidrios rotos y metales abollados y desgarrados.

Poco más tarde, Witter dio una orden:

—Tendréis que cavar una tumba doble. En cuanto al coche de

Odlum, tapadlo con maleza; ha sido una suerte que no se incendiara.

Sonrió, mientras hacía saltar en su mano el fajo de billetes recuperado tan inesperadamente.

—Para vosotros, chicos —dijo, sintiéndose lleno de generosidad. No le importó repartir unos miles de dólares; quería hombres fieles en el Black Cactus, que ahora sí, había cambiado definitivamente de dueño.

—Usted es Morris, jefe de *croupiers* de Odlum —dijo Witter al día siguiente.

—Sí, señor. ¿En qué puedo servirle?

—Soy Witter, nuevo gerente de Black Cactus. Nerrie Odlum ha vendido su negocio a cierta persona que no es preciso mencionar por ahora.

Morris se quedó con la boca abierta. Witter le enseñó el contrato, aunque procuró ocultar el sitio donde figuraba el nombre del nuevo dueño.

—No..., no lo sabía, señor Witter —dijo Morris, atónito.

—Ya está enterado. Voy a decirle una cosa: ocupará el puesto de Thomas, con un diez por ciento más de sueldo. Semanal, no mensual.

—Gracias, señor Witter.

—Siga como hasta ahora, eso es todo.

—Sí, señor.

Los dos hombres hablaban en la sala de fiestas. De pronto, Witter vio a un hombre de uniforme que conversaba con Gloria.

—¿Quién es el tipo que está hablando con la señorita Miller? —preguntó.

—Rexis, el jefe de policía, señor.

—Ah —dijo Witter con indiferencia—. Bien, eso es todo, Morris.

—Sí, señor.

Witter se retiró al despacho. Rexis lo observó desde el extremo opuesto de la sala.

—Esa cara es nueva aquí, Gloria —observó.

—Pronto se te hará familiar —dijo ella.

—¿Sí?

—Es el nuevo gerente del club. Odlum ha vendido el negocio.

—Extraño, ¿no?

—Sí, un poco —convino ella—. Siempre le oí decir que era una mina de oro para él.

—En tiempos creo que las hubo en la comarca —sonrió REXIS—. Pero si Witter es el gerente, ¿quién es el dueño?

Gloria se encogió de hombros.

—No me lo ha dicho, querido —contestó.

—Sigo pensando que todo esto es muy extraño —insistió él.

—A mí no me preocupa demasiado. Witter me ha subido el sueldo.

—Generoso —sonrió REXIS—. ¿Qué dice Odlum?

—Lo ignoro.

—¿Cómo? ¿No le has visto? ¿Ni siquiera te ha dicho que vendía el negocio?

—Se ha marchado de Rosales, eso es todo lo que sé, Gary.

REXIS meditó unos instantes.

—Está bien —dijo—. Gracias por todo, hermosa.

—Siempre tú más rendida servidora —contestó ella, burlonamente.

CAPÍTULO VI

Rexis salió del local y se sentó en su coche. Desenganchó el micrófono de la radio y llamó:

—Jack, habla el jefe.

—Adelante, le escucho —contestó Lozano.

—¿Qué hay por ahí?

—Nada. Todo en orden por ahora.

—Sigue. Más tarde, te enviaré relevo.

—Con una lata fresca de cerveza. Eso es un horno, jefe.

—Me lo figuro —sonrió Rexis—. El relevo te llevará una lata. Yo dejaré una buena jarra pagada en el bar del Mexican.

—Así deben ser los jefes —rió Lozano en su observatorio.

Rexis cortó la comunicación y dio media vuelta a la llave de contacto. Arrancó y, unos minutos más tarde, se detenía ante el Cattleman Hotel.

Había sido fundado ciento veinte años atrás, pero el edificio era muy distinto. En la época de su fundación, el hotel carecía, lógicamente, de aire acondicionado que ahora hacía tan agradable la estancia en su interior.

Rexis se dirigió directamente al mostrador de recepción. Pete Márquez era el conserje de turno. A Rexis no le había gustado nunca. Recelaba de aquel sujeto, aunque, hasta el momento, no tuviese nada especial contra él.

—Hola, jefe Rexis —saludó Márquez—. ¿Puedo servirle en algo?

—¿Qué tal, Pete? Tengo que pedirte una cosa, en efecto.

—Usted dirá, jefe.

—Odlum. Se hospeda aquí, creo.

—Sí, pero ya no está. Se marchó esta madrugada.

Rexis arqueó las cejas.

—¿Seguro? —dijo, intrigado.

Márquez sonrió.

—Hombre, yo mismo le hice la liquidación y ayudé a llevar su equipaje hasta el coche —respondió—. Si quiere ver el duplicado de su factura.

—No es necesario, Pete, muchas gracias.

—Siempre a su disposición, jefe.

Rexis hizo un gesto con la mano y se dispuso a marcharse. De pronto, recordó algo.

—Pete, ¿a qué hora dices que se marchó Odlum?

—Muy temprano. Ni siquiera habían dado las cinco de la madrugada.

—Sí que tenía prisas —rezongó el joven—. Pero tú estás aún en la conserjería.

Márquez sonrió.

—Dispense, jefe. Lon Harlan me relevó a las siete. Yo le he relevado a las tres de la tarde. Son las cinco y media —contestó.

—Sí, es cierto. Gracias una vez más, Pete.

—Adiós, jefe.

Rexis salió a la calle. La repentina marcha de Odlum le preocupaba mucho más de lo que él incluso quería admitir.

Por enésima vez, Jack Lozano se pasó el pañuelo por el cuello sudoroso, mientras pensaba con delicia en el largo rato que iba a pasar bajo la ducha cuando volviera a su casa. Por fortuna, ya faltaba poco para que le relevasen.

Era el segundo día que se situaba en lo alto del que antaño fuese un cerro destinado a telégrafo de señales ópticas, de donde todavía conservaba el nombre. Tratábase de una loma casi cónica, que se destacaba claramente en el resto de la llanura. En la cumbre no había más que algunos arbustos y un par de cactus saguaros que le prestaban una sombra no demasiado aliviadora de los furiosos embates del sol.

A lo lejos, en el horizonte, se veía el irregular cabrilleo de la corriente del Río Grande. De vez en cuando, Lozano se llevaba a los ojos un par de prismáticos, de que le había provisto su jefe.

De repente, algo entró en su campo visual.

Una nube de polvo que se movía lentamente por la abrasada llanura.

Lozano observó durante unos minutos la marcha del vehículo. Sí, allí estaba el automóvil que su jefe le había mencionado.

El coche seguía un sendero apenas transitado. Muchas veces se perdía en las hondonadas y vaguadas que abundaban en la llanura. Pero la nube de polvo persistía largamente en la caliginosa atmósfera.

Lozano permaneció todavía unos minutos en el mismo sitio, observando la marcha del vehículo. Cuando estuvo seguro de que no variaría su dirección colgó los prismáticos del cuello y echó a correr ladera abajo.

La carretera que llevaba a Rosales se enroscaba en la base del cerro. Lozano tenía su coche de patrulla en la salida de la curva.

Al llegar a su automóvil, tomó el micrófono y llamó:

—Lozano a Central. Coche señalado en la dirección prevista. Informen al jefe que me dispongo a interceptarlo en el lado Nordeste del cerro. Corto.

—Enterado —le contestó el agente de guardia en la central de radio.

Acto seguido, Lozano entró en el coche y maniobró, para atravesarlo en el camino. Luego saltó fuera y se parapetó tras el vehículo, pistola en mano.

A los pocos momentos, oyó un ruido de motor. Segundos más tarde, un coche apareció a gran velocidad por la curva.

Su conductor vio el automóvil policial y clavó el pie en el freno. El coche se detuvo con tremendo chirriar de frenos y un par de aparatosos coleteos, que estuvieron a punto de lanzarlo fuera del camino. Pero, al fin, el piloto logró hacerse con los mandos.

—¡Eh! —gritó, furioso—. ¡Quite ese trasto del camino!

Lozano se irguió.

—Están arrestados —ordenó—. Salgan con las manos en alto.

Los dos ocupantes del vehículo cambiaron una mirada de inteligencia. El que iba a la derecha abrió la portezuela.

De pronto, sacó una pistola y abrió fuego. Lozano se agachó, contestó con un par de disparos y luego, rodando sobre sí mismo, se tiró desesperadamente fuera del camino, hacia la pequeña vaguada que había al otro lado.

Los ocupantes del vehículo le dirigieron una auténtica salva de balas. Una de ellas alcanzó a Lozano en el brazo derecho. La sacudida hizo que su pistola saltase por los aires.

—¡Vamos, tú! —gritó el conductor, satisfecho.

Arrancó de nuevo. El coche se inclinó peligrosamente al salir por el lado derecho de la carretera, allí donde se iniciaba la ladera del cerro, pero, a los pocos segundos, volvió al camino y, lanzando un sonoro rugido, escapó a toda velocidad.

Con el rostro crispado por el dolor, Lozano volvió al coche y usó la mano izquierda para descolgar el radioteléfono.

—Lozano a Central —informó—. He sido atacado. Herido, pero no de gravedad. Coche señalado ha conseguido escapar. Sigo al pie del cerro. Corto.

—Enterados —dijo la Central.

La herida no era grave, pero sangraba bastante y dolía. Lozano sacó un pañuelo y se lo enrolló en torno al brazo.

Mientras tanto, el coche sospechoso seguía raudamente su camino. A unos cinco kilómetros del encuentro con el policía, un hombre, parado junto a otro automóvil negro, les hizo una señal con la mano.

Los ocupantes del primer vehículo frenaron.

—Por ahí —dijo el que estaba a pie—. El jefe os aguarda.

—Bien, muchacho.

El coche se metió por el camino y siguió así durante unos ochocientos metros. De repente, el conductor frenó al ver un tronco de saguaro derribado sobre el camino.

Dos hombres surgieron de repente de la espesura cercana. Ambos iban armados con sendas pistolas ametralladoras.

Los ocupantes del coche gritaron despavoridos. Pero las armas acallaron sus voces. El parabrisas quedó literalmente hecho polvo. En el asiento delantero, dos cuerpos se movían espasmódicamente, sacudidos por la lluvia de proyectiles que caía despiadadamente sobre ellos.

El estruendo cesó a los pocos momentos. Los atacantes corrieron hacia el automóvil y abrieron el maletero posterior. Dentro había un par de bolsas de lona de inofensivo aspecto. Con ellas en la mano, corrieron hacia el automóvil que estaba parado en la carretera.

Vestido con ropas corrientes, Gary Rexis contemplaba desde el mostrador la actuación de Bea Dane. Interiormente, reconocía que la joven tenía un notable éxito.

Gloria se le acercó de pronto.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Es muy guapa y canta muy bien —sonrió Rexis.

—Creo que la conocías —dijo Gloria.

—Sí, somos paisanos. Incluso fuimos vecinos en tiempos.

—Ella me ha dicho algo al respecto. Antes os he visto beber juntos.

—¿Te molesta?

Gloria hizo un gesto de indiferencia.

—No me importa en absoluto —contestó.

—Bea es una chica muy seria —dijo él.

—Todo lo contrario de lo que soy yo, ¿verdad?

—Mujer, no quise decir...

—Pero lo piensas, Gary.

—No te creas adivinadora del pensamiento, hermosa. A propósito, ¿qué noticias tienes de tu exjefe?

Ella hizo un gesto significativo.

—Se ha convertido en humo —contestó.

—Extraño, ¿no te parece?

—Sí, pero ¿qué puedo hacer yo?

—Lamentarlo, por ejemplo.

Gloria le miró burlonamente.

—Ahora soy la chica del jefe, sólo que sin jefe —contestó.

—Está Witter en su lugar.

—Es un hombre de palo; sólo atiende al negocio. Pero te diré otra cosa, por si no lo sabías.

—Eres un precioso manantial de información, Gloria. ¿De qué se trata?

—Thomas, el secretario y contable. También ha desaparecido.

—Investigaré, te lo prometo.

—Esas desapariciones me dan mucho que pensar, Gary.

—¿Por qué no pensamos juntos, Gloria?

—¿Dónde? —preguntó ella maliciosamente.

—En tu casa, después del trabajo.

—¿Estás cambiando de opinión, Gary?

—Quizá —sonrió él.

—De acuerdo. Ya conoces mi coche, creo.

—A ti quiero conocerte un poco mejor, Gloria.

—No es mala idea —aprobó la joven—. Perdona, pero ahora

tengo que atender a unos clientes. Hasta luego.

Rexis se puso un cigarrillo en los labios, pero tuvo que aplaudir primero, a fin de unirse a la ovación con que el público premiaba la actuación de Bea Dane.

CAPÍTULO VII

—Está fuera de toda duda que Odlum hacía contrabando de drogas desde el Black Cactus —dijo Rexis horas más tarde, sentado en el diván junto a Gloria Miller.

—Y nunca le pudiste pescar con las manos en la masa.

—No, pero ahora recibimos una confidencia segura y nos pusimos sobre la pista. El agente Lozano resultó herido y los contrabandistas escaparon, sólo para caer en una emboscada mortal un poco más adelante.

—Rosales está estremecida por el hallazgo de esos dos cadáveres ametrallados —dijo Gloria—. ¿Los habéis identificado?

—Sí, pero los nombres no te dirían nada. Ahora estamos esperando informes del F.B.I., de Washington.

—¿Qué sospechas tú, Gary?

—Simplemente, alguien más estaba enterado también de la llegada de la droga, unos seis kilos en total. Los contrabandistas sortearon a Lozano, pero no a los otros.

—Y los ametralladores se llevaron la droga.

—Exactamente. Pienso que se trata de una banda rival.

—Parece una deducción lógica. Pero ¿quiénes componen la banda?

—Hay un tipo que me parece altamente peligroso, Gloria.

—¿Sí?

—Witter. Oye, fíjate en un detalle: de pronto, en poco más de dos días, desaparecen Odlum, Thomas y dos de los pistoleros del primero. Y aparece Witter, como gerente del Black Cactus. Casi a renglón seguido, se produce el asalto en el Camino de la Serpiente. ¿Te das cuenta de lo que esto significa?

—Entonces, Witter es el jefe de esa nueva banda.

—Me gustaría poder probarlo.

—Y a mí me gustaría ayudarte, Gary.

—¿Hablas en serio?

Gloria le miró enigmáticamente.

—Tú estás confundido conmigo —respondió.

—Es posible —admitió él—. ¿Sabes si Witter tiene empleados nuevos?

—Cuatro o cinco. Morris, el jefe de *croupiers*, ha pasado a secretario y contable. Dos de los nuevos vigilan las salas de juego. Los otros, están en el club.

—¿Conoces sus nombres?

—Joe, Jim... A uno le llaman Boston Kid, pero eso es todo lo que sé. Conmigo, por supuesto, se portan muy cortésmente. Y acatan mis indicaciones sin rechistar.

—Son unos chicos disciplinados, sin duda. Averigua sus nombres completos, ¿quieres?

—Lo haré por ti —prometió ella—. Pero ahora tenemos que hablar de otra cosa, Gary.

—Muy bien, ¿cuál es el tema?

—Yo.

Rexis estudió a la joven durante unos momentos. Gloria vestía una blusa muy ceñida por el cuello, pero sin espalda, y unos breves pantalones de terciopelo negro. Bajo la blusa, de raso plateado, sus senos destacaban con reveladoras turgencias.

Se inclinó hacia ella y la tomó en brazos.

—Un tema muy agradable —murmuró.

—Yo siempre seré un tema muy agradable —contestó ella, enroscando en torno al cuello del hombre las dos serpientes de carne cálida y perfumada que eran sus brazos.

La radio sonó de pronto en la oficina de Rexis.

—Soy Kelly —dijo el comunicante—. Llamen al jefe en el acto. Estoy en el Camino de la Serpiente. He hecho un hallazgo interesante. Corto.

La llamada fue transmitida a Rexis, quien, en el acto, se puso en marcha, acompañado de su segundo Vinson. Media hora más tarde, se reunían con Kelly.

El agente salió a su encuentro, acompañado de un individuo de mediana edad.

—Jefe, le presento a Pedro Martínez —dijo—. El fue quien

encontró los dos coches en esa vaguada.

Martínez se quitó el sombrero. Rexis le estrechó la mano.

—Nos conocemos ya —sonrió—. ¿Cómo está su mujer, Pedro?

—Bien, jefe, esperando el séptimo —sonrió el individuo.

Rexis se echó a reír.

—¡Diablos! Pedro, ¿es que no tiene televisión en casa? —exclamó jovialmente.

—Sí, pero nos sabemos los programas de memoria, jefe —contestó Martínez con no menos buen humor.

Kelly refunfuñó algo entre dientes.

—¡Vaya una manera de evitar el aburrimiento! —dijo.

—Pedro fue quien encontró los dos coches, cubiertos de maleza, en el fondo de la vaguada —informó Kelly—. Salió a la carretera y me avisó.

—En realidad, no fui yo, sino mis perros —explicó Martínez—. Estaba por ahí, cuando mis ovejas, y ellos empezaron a escarbar en un montón de maleza. Vi los coches y me pareció que lo mejor sería informar del hallazgo.

—Hizo bien, Pedro, muchas gracias. Ron, ¿has visto algo?

—Sí, jefe. Son los coches de Odlum y Thomas.

Hubo un momento de silencio. Luego, lentamente, Rexis formuló una pregunta:

—¿Cadáveres?

—No, jefe.

De pronto, Martínez lanzó una exclamación:

—¡Eh, miren!

La mano del pastor señalaba hacia uno de sus perros. El animal, a cincuenta o sesenta pasos, escarbaba con furia en el suelo.

Todos corrieron hacia allí. El otro can acudía ladrando furiosamente.

—Sujételos, Pedro —indicó Rexis.

Martínez agarró a los canes por sus collares. Rexis se acuclilló y pasó sus dedos por el suelo.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que estamos delante de un cementerio privado —dijo lúgubremente.

La ambulancia, cargada con los tres cadáveres, se alejó aullando en dirección a Rosales. Kelly seguía en su coche tras ella.

Vinson se echó hacia atrás el sombrero.

—Todavía me parece percibir ese espantoso hedor —dijo, torciendo el gesto.

Rexis asintió. Los cadáveres, en efecto, no presentaban muy buen aspecto al ser puestos a la luz del día.

—¿Por qué, jefe? —preguntó Vinson.

—Diciéndolo moderadamente: eliminación de la competencia, Greg —contestó Rexis.

—¿Witter?

—Tal vez.

—Es curioso que todo haya sucedido apenas aparecido ese tipo en Rosales —comentó Vinson—. Sospechábamos de Odlum, pero nunca le pudimos probar nada. Además, actuaba con gran astucia.

—Hay una cosa que me extraña, Greg —murmuró Rexis.

—¿Qué es, jefe?

—Witter y los suyos llevan aquí cuatro días, como quien dice. Pero dan la sensación de conocer perfectamente el terreno. Eso no es lógico, me parece a mí.

—¿Qué me dice de un elemento infiltrado previamente en la banda de Odlum?

—Es posible. Bien, de todas formas, creo que resultará interesante sostener una conversación con Witter.

—¿Quiere que le acompañe?

—No, gracias; iré solo. Mientras yo voy a verle, sigue tú con los trámites normales del asunto.

—Bien, jefe.

Los dos hombres regresaron al coche. Momentos más tarde, emprendían la vuelta a la ciudad.

Anohecía ya cuando el vehículo policial se detuvo frente al Black Cactus.

—Suerte, jefe —le deseó Vinson.

—Falta me hará —contestó Rexis, no muy animado.

Se apeó del coche y caminó con paso firme hacia su objetivo.

—No se puede pasar —dijo el individuo que estaba plantado como un centinela ante la puerta del despacho privado de Witter.

Rexis miró con fijeza al hombretón, de cara de pocos amigos.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó bruscamente.

—Joe... Joe Nailand —contestó el interpelado, un tanto vacilante por la firme actitud de Rexis—. Pero mi jefe está

ocupado...

—Bien, esperaré.

Nailand parecía desconcertado. Sin perder la calma, REXIS sacó un cigarrillo y lo encendió.

La puerta se abrió en aquel momento. Bea apareció ante los ojos del joven.

—Hola, Gary —saludó alegremente.

—¿Qué tal, Bea? —sonrió REXIS—. ¿Eras tú la que estaba con Witter?

—Sí. ¿Vas a hablar con él?

—En efecto.

—Ten cuidado. Muerde.

REXIS alzó las cejas.

—Pero, Bea...

—Es un sujeto intratable. Por fortuna, no tenía una botella a mano para rompérsela en la cabeza.

—Eh, chica a ver si tratas al jefe con más respeto —intervino el centinela.

—A tu jefe sólo se le puede tratar de una manera; con un buen látigo —contestó Bea, sin amilanarse por la hostil actitud del sujeto.

Luego se volvió hacia REXIS y sonrió.

—No te pongas al alcance de sus colmillos —aconsejó mordazmente.

Y, como despedida, arreó una patada a la espinilla del centinela, quien, inmediatamente, se puso a saltar; a la pata coja, a la vez que bramaba de furor.

REXIS sonrió.

—Se lo tiene bien merecido, por grosero —dijo.

Y entró en el despacho, en donde, tras una enorme mesa, se hallaba Lang Witter.

CAPÍTULO VIII

Witter sonrió untuosamente, a la vez que vertía licor de una botella en un vaso alto.

—Dispense a Joe, jefe —solicitó—. Carece de educación.

—Ya se ha llevado el premio merecido —sonrió Raxis.

—Por supuesto. Jefe, he oído hablar mucho y bien le usted. ¿En qué puedo servirle?

—En las respuestas a algunas preguntas que pienso formularle —contestó el visitante.

—Muy bien, pero antes, tome un trago...

—Gracias, no me apetece.

Witter volvió a sonreír.

—Puritano, ¿eh?

—No me disgusta una copa alguna vez que otra, pero sólo cuando la ocasión merece la pena.

—Ahora, no, por lo visto.

—Dejemos a un lado el problema del alcohol, Witter. ¿Quién es el dueño actual del Black Cactus?

—Yo soy el gerente, con plenos poderes, jefe.

—Quiero saber quién es el dueño.

Witter se había puesto serio.

—No tengo obligación de contestarle —manifestó.

—Muy bien. Iré al juez y le pediré una orden en regla. Luego me iré al Registro de la Propiedad. La transacción debe estar registrada allí o será nula.

—Está registrada a mi nombre. Yo soy un hombre de paja del dueño —contestó Witter cínicamente.

—Entonces, ¿se niega a contestarme?

—Ya tiene mis respuestas, jefe.

—Puedo crearle dificultades, Witter.

—Inténtelo —le desafió el otro.

—Bea tiene razón: usted muerde.

Witter se echó a reír.

—Jefe, ¿por qué no dejamos el asunto? A usted no le importa quién sea el dueño del Black Cactus, mientras aquí se observe la ley estrictamente.

—Es que el anterior dueño ha sido asesinado.

—No me diga —exclamó Witter, fingiendo asombro.

—Se lo estoy diciendo. Hoy mismo hemos encontrado los cuerpos de Odlum, de su secretario Thomas y de un tercer sujeto.

—Lastimoso, pero yo no tengo nada que ver con ello. Hice una transacción legal; eso debe quedar fuera de toda duda.

—La duda persistirá, al menos, mientras no conozco el nombre del verdadero dueño de este local.

—¡Qué tozudo es usted, jefe! —suspiró Witter—. Está bien, se lo diré, pero no reside aquí, sino en Nueva York.

—Eso cae un poco lejos, ¿no? —dijo Rexis sarcásticamente.

—Hombre, hay quienes tienen negocios más lejos todavía. Pero Egon Mackenzie estimó que Black Cactus podía ser algo rentable para él.

—No he oído nunca ese nombre —confesó el joven—. Pero ¿cómo se enteró el señor Mackenzie de... la bondad financiera de este local?

—Hizo un viaje de placer a México, pasó por aquí, se detuvo unas horas, se divirtió en Black Cactus y le gustó, eso es todo.

—Y a usted le encargó de la compra.

—Aquí me tiene, jefe.

—¿Le encargó también de suprimir a Odlum y a Thomas?

—Usted ha visto demasiadas películas de *gangsters*, jefe.

Rexis se encogió de hombros.

—Creo que ya hemos hablado bastante —respondió—. Tenga cuidado, Witter.

—Soy un devoto observador de la ley —contestó el aludido virtuosamente.

Rexis abandonó el despacho. Nailand continuaba en el mismo sitio.

—¿Dónde está la señorita Dane? —preguntó Rexis.

—Allí. —La mano del esbirro señaló una puerta—. Pero es ella la que muerde.

—Le duele todavía, ¿eh? —dijo el joven, riendo.

Y, sin más, se encaminó al camerino de Bea.

Nailand aprovechó la ocasión para entrar corriendo en el despacho.

—Jefe, ese condenado policía parece peligroso —dijo.

—Lo es —admitió Witter, impertérrito.

—Si usted quiere, yo...

—Joe, tengo que decirte una cosa: tú y los otros os portaréis como corderitos, mientras yo no ordene lo contrario. En cuanto al jefe de policía, otro se encargará de él. Pero ése es asunto mío, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Recuérdalo bien: como corderitos, Joe.

—Sí, jefe.

Nailand se frotó la pierna, todavía dolorida.

—Esa chica...

—Te lo mereces por mal educado —dijo Witter—. Ahora, déjame solo; tengo que hacer una llamada.

—Sí, señor.

La llamada, pensó Witter, mientras hacía girar el disco telefónico, sería dirigida al hombre que resolvería definitiva y discretamente el problema que constituía para él un policía pueblerino llamado Gary Rexis.

Bea estaba tras el biombo, cambiándose de ropa. Rexis, sentado a horcajadas en una silla, fumaba apaciblemente.

—Witter es un cerdo —calificó ella con toda crudeza.

—¿Te propuso algo... en contra de tus principios?

—En lo personal, no; diríase que es de madera. Ni se mira a las otras chicas que trabajan aquí.

—Entonces, ¿qué fue lo que te irritó tanto?

—Bueno, quiere que alterne con los clientes.

—¿Qué le dijiste tú?

—Le envié al diablo.

—¿Se enfadó?

—Me dijo unas cuantas cosas. Pero yo no me quedé atrás; nunca he tenido pelos en la lengua.

—Siempre fuiste muy impulsiva —sonrió él—. ¿No te perjudicará en tu contrato?

—El contrato no se lo debo a él, Gary.

—Pero es el gerente, Bea, recuérdalo, y con plenos poderes, según me ha dicho.

—La gente me aplaude. Les gusto. No le conviene despedirme.

—Ojalá no lo haga —suspiró él—. Bea, ¿conoces tú a Egon Mackenzie?

—No. ¿Quién es?

—El dueño de Black Cactus.

—Nunca he oído hablar de él, te lo aseguro.

Bea salió del biombo y se volvió de espaldas a su visitante.

—¿Quieres subirme el cierre, por favor? —pidió.

Rexis sonrió.

—Oye, ¿sabes que tienes una espalda preciosa? —comentó.

—¿Le has dicho lo mismo a Gloria Miller?

—Cada espalda de mujer tiene sus atractivos peculiares, Bea.

La joven giró sobre sus talones y puso ambas manos sobre los hombros de Rexis.

—Creo que no debí haberme marchado nunca de Rosales —dijo.

—Quizá has corregido el error —sonrió él.

—Cuatro años son pocos o pueden ser muchos, Gary. Con respecto a ti, pueden ser cuatro siglos.

—¿Lo crees así?

—Si me hubiera quedado, tú no estarías soltero. Ahora ya es tarde —dijo Bea melancólicamente—. Esos cuatro años, han abierto un foso insalvable entre los dos.

—No seas melodramática —le reprochó Rexis.

Bea se puso de puntillas y le besó suavemente.

—El agua de un río no vuelve atrás nunca —murmuró, con ojos extrañamente brillantes—. Y la amistad, que es lo que hay ahora entre nosotros dos, no puede sustituir jamás a lo que pudo ser hace cuatro años. ¿Lo entiendes, Gary?

—Sí, Bea.

Ella se acercó a la puerta y puso la mano sobre el picaporte.

—A pesar de todo, seguiremos siendo amigos, Gary —se despidió.

—Cuenta con mi amistad.

La puerta se cerró. Rexis se quedó a solas unos momentos en el camerino.

Bea tenía razón. Sólo habían pasado cuatro años, pero lo que había habido entre ambos estaba ya muerto.

—Y quizá haya sido mejor así —murmuró, como final de sus poco consoladoras reflexiones.

—Estamos esperando los informes de los cuatro o cinco nuevos empleados de Witter —dijo Rexis al día siguiente, en presencia de casi todos sus hombres, incluido Lozano, quien llevaba el brazo derecho en cabestrillo—. Pero no son éstos los únicos informes que guardábamos.

—A mí me parece que es un asunto extraordinariamente bien planeado —opinó Vinson—. En cuatro días, como quien dice, la situación en Black Cactus ha dado un vuelco total.

—Mientras no la de en el pueblo... —rezongó Lozano.

—Quizá es lo que pretenden —apuntó Ron Kelly.

—Greg tiene razón —dijo Rexis—. Primero mataron a Culvey, que era, según parece, un pistolero importado por Odlum, para defenderse de alguien. Luego desaparecieron Calloway y Duncan y de éstos no tenemos la menor noticia. Después, y sucesivamente, fueron asesinados Thomas y Odlum. Es decir, todo el personal de importancia de Black Cactus ha quedado fuera de un manotazo.

—Sin contar con el alijo de la droga, que se ha evaporado —añadió Lozano de mal talante.

—Si suponemos que Witter es el jefe, es preciso reconocer que poseía una información excepcional, porque todas las operaciones han sido realizadas con singular rapidez, en una pequeña guerra relámpago, que ha derrotado al enemigo casi instantáneamente y sin darle tiempo a reaccionar. Y eso no se consigue sin una buena información. La muerte de Culvey y la desaparición de la droga son los dos ejemplos más relevantes del caso.

—Bueno, pero ¿qué es lo que pretende Witter? ¿Acaso crear aquí una especie de cuartel general de su organización? —exclamó Kelly.

—Muy posiblemente. Rosales es una población tranquila, pocos habitantes, relativamente cercana a la frontera, con buenas comunicaciones y sin rivales en potencia. Los únicos que había, ya han sido eliminados.

—¿Y vamos a quedarnos de brazos cruzados, mientras ellos ensanchan su campo de operaciones? —se quejó Vinson.

—Por ahora, les vigilaremos, es todo lo que puedo decir. Una de

las cosas que más necesitamos es la identificación del sujeto que apareció muerto junto a Odlum. Le quitaron todo lo que pudiera servir para averiguar su personalidad, menos las huellas dactilares.

—De Washington aún no han dicho nada, jefe —manifestó Kelly.

—Ese individuo tiene que estar fichado en alguna parte. Cuando conozcamos su nombre y sus antecedentes, podremos tomar alguna decisión —aseguró Rexis.

—Bien, pero ¿qué hacemos mientras tanto? —quiso saber Lozano.

—Usted, curarse, ya tiene bastante con lo que recibió. Nosotros nos encargaremos del resto..., que, por ahora, consiste en aparentar normalidad, sin dejar de vigilar el Black Cactus y a sus hombres.

El teléfono sonó de pronto. Vinson levantó el aparato y luego lo alargó hacia Rexis.

—Para usted, jefe —indicó.

Rexis acercó el teléfono a su oreja.

—¿Sí?

—Oiga, dígame, ¿hablo con el jefe Rexis en persona? —Sonó una voz que le pareció vagamente conocida.

—Sí, el mismo. ¿Quién es usted?

—Calloway.

CAPÍTULO IX

Rexis casi saltó en su asiento al escuchar el nombre.

—¡Calloway! —repitió—. ¿Dónde diablos está usted? Le creí muerto...

El hampón soltó una amarga risotada.

—Yo también llegué a pensarlo así, cuando nos sorprendieron a Dugan y a mí. Pero los tipos se limitaron a darnos una buena paliza.

—¿Qué tipos? ¿Los reconoció usted, Calloway?

—No, no conocía a ninguno. Sin embargo, juraría que uno de ellos era Witter. Pero no puedo asegurarlo, jefe Rexis.

—¿En qué quedamos? ¿Lo sabe o no con seguridad?

—Presumo que fue él, aunque, repito, no podría afirmarlo rotundamente. Pero sí sé que quería comprar el Black Cactus a mi jefe.

—Odlum ha muerto, Calloway.

—Lo sé. Por eso me he decidido llamarle a usted. ¿A que Witter es ahora el nuevo dueño de Black Cactus?

—Más o menos, Calloway.

—Ya me lo suponía. En cuanto leí la noticia de la muerte de Odlum...

—¿Era eso todo lo que tenía que decirme? —preguntó Rexis, impaciente.

—No, claro que no. Oiga, ya sé que usted no nos tuvo nunca demasiado simpatía y lo encuentro lógico, porque a mí me pasaba también algo parecido. Pero las cosas han cambiado un poco. Aunque le parezca extraño, yo apreciaba bastante a Odlum.

—Le enviaré un ramo de flores a la tumba, supongo —dijo el joven, sarcástico.

—Eso ya no le sirve de nada al pobre Nerrie. En cambio, tal vez se alegre en el otro mundo de que yo le ayude a usted.

—¿Cómo, Calloway?

—Dentro de cuatro días, justamente, llegará alguien a Rosales con un cargamento de droga. Vendrá por el antiguo sendero de los *cow-boys*.

—Y ese tipo, ¿no es amigo suyo?

—He leído que ametrallaron a dos tipos. Los conocí también. Traían droga. Seguramente, Witter se hizo con ella y ahora querrá conseguir el segundo cargamento.

—Es posible, Calloway. ¿Cómo se llama el portador de la droga?

—Rowing. Nunca me fié de él; estoy seguro de que se ha conchabado con Witter.

—¿Vendrá solo?

—Sí, Rowing es de los que trabajan solos siempre.

—Y le entregará la droga a Witter.

—No, dejará una maleta en un armario automático de la estación de autobuses. El número once, siempre es el mismo. Yo recogí la «carga» más de una vez. No sé quién lo hará ahora, pero usted ya está enterado y puede meterle mano a Witter.

—Así lo haré. Y, oiga, Calloway, ¿desde dónde me habla usted?

El hampón soltó una risita.

—Estoy muy al Norte. Me ordenaron que me largase y tengo un enorme aprecio a mi pellejo —contestó.

La comunicación se cortó bruscamente. Rexis volvió el teléfono a la horquilla.

Vinson señaló la grabadora adosada al aparato.

—He recogido toda la conversación —dijo.

—Una excelente idea —elogió Rexis.

—¿Cómo calificarías tú a Bea Dane, Gloria?

La joven estaba llenando dos copas y se volvió hacia su huésped.

—¿En qué sentido? —preguntó.

—Profesional, por supuesto.

—Te interesa, ¿eh?

—Siempre fuimos buenos amigos —respondió Rexis.

Gloria llevó las copas al diván y entregó una a su invitado.

—Tengo entendido que hubo algo más que amistad entre ambos —manifestó.

—Casi, pero no. ¿Me entiendes?

—Eres lacónico, aunque expresivo. Pero la amistad continúa.

—Cierto.

—Y no confías mucho en las dotes artísticas de Bea.

—Se marchó de Rosales con muchas ilusiones, Gloria.

—Ya lo sé. Llegó a Nueva York y creía que en cuatro días tendría el mundo a sus pies.

—Pero fracasó. ¿Sucederá aquí lo mismo?

Gloria hizo un gesto ambiguo.

—He visto y oído a mejores cantantes —respondió—. Ella es del montón, aunque tiene mucha simpatía y eso suele atraer bastante al público.

—Lo que significa que en Black Cactus tiene éxito.

—No nos podemos quejar, Rexis.

—El nuevo dueño de Black Cactus es un hombre afortunado. Y no digamos su gerente.

—Sí, ganan bastante dinero. Pero pagan bien a sus empleados.

Rexis suspiró.

—Estoy seguro de que ganan más que el jefe de policía de Rosales —dijo.

Ella le puso los brazos en torno al cuello.

—¿Es un tema relevante en esos momentos? —preguntó, con los labios muy próximos a los de su invitado.

—Bien mirado, el dinero no importa nada ahora —sonrió él.

Más tarde, Rexis se dispuso a abandonar la casa. Gloria, lánguidamente reclinada en el diván, le contemplaba sonriendo.

—Parece que ya no te importa que yo sea la chica del jefe —dijo maliciosamente.

—¿Quién ha dicho que no sigues siendo la chica del jefe? —contestó él en el mismo tono.

—Por lo visto, me han traspasado, sin yo saberlo.

—Yo diría que ese traspaso se ha efectuado con plena consciencia de lo que hacías, Gloria.

—Eres muy astuto, Gary. A veces me das miedo.

—¿Tienes motivos para sentirlo?

Ella seguía sonriendo.

—De ti ha de tener miedo cualquier mujer no vieja y no mal parecida —aseguró.

—No soy un Casanova. Bien, te veré otro día, bello animal.

Rexis agarró el pomo de la puerta. De pronto, pareció recordar

algo.

—¿Gloria, has oído alguna vez el nombre de Egon Mackenzie?

—No, nunca. ¿Quién es ese tipo?

—Tu nuevo amo —contestó él.

Y salió.

El coche rodaba traqueteante por un antiguo sendero sobre el cual, antaño, habían transitado innumerables rebaños de cornilargos. Sentado tras el volante, Hal Rowing ansiaba el momento de la llegada a Rosales para meterse de cabeza en una piscina llena de agua fría.

—Qué país —masculló—. Esto es un infierno...

Rowing ignoraba que, en aquellos momentos, estaba siendo vigilado por unos ojos situados tras un par de prismáticos. Detrás de los gemelos estaba el jefe de policía de Rosales.

Vinson se hallaba a su lado, igualmente provisto de binoculares. Los dos seguían con la máxima atención la marcha del vehículo, desde la cima del Cerro del Telégrafo.

Rowing tarareaba una cancioncilla, mientras dejaba pasar el tiempo. El estado del camino no le permitía correr demasiado.

De repente, al adentrarse por una pequeña hondonada, vio aparecer a un hombre que le hacía gestos con la mano. Rowing se irguió en el asiento y puso la mano en la pistola que llevaba bajo la chaqueta.

Pero, a los pocos momentos, se tranquilizó. Frenó el coche y sonrió al individuo.

—¿Qué tal, Laid? —saludó.

La respuesta de Dugan fue sacar una pistola y meterle dos balas en la cabeza. Toda la tapa del cráneo de Rowing saltó en repugnantes fragmentos por los aires.

—¡Diablos, lo ha matado! —exclamó Vinson en el carro.

Rexis frunció el ceño. Aquel suceso inesperado alteraba por completo sus planes.

A través de los prismáticos, vio que el asesino agarraba un pequeño maletín y corría hacia su coche, estacionado a poca distancia. Rexis ya no dudó más.

—Vamos, Greg, las cosas han cambiado —dijo—. Tenemos que atrapar a ese tipo.

Los dos hombres echaron a correr por la ladera del cerro.

Momentos después, llegaban al camino.

—Atraviesa el coche, Greg. Mantén el motor en marcha para maniobrar; yo me quedaré fuera —ordenó Rexis.

—Bien, jefe.

Rexis sacó su revólver y se apostó tras el vehículo. Vinson tenía igualmente su arma al alcance de la mano.

El otro coche apareció rugiendo en la curva. Dugan lanzó un grito de rabia al ver el coche policial que le cortaba el paso.

Frenó en seco. Luego quiso maniobrar para escapar.

—¡Alto! —gritó Rexis.

Dugan sacó su pistola y empezó a disparar. Estaba enloquecido de pánico.

Los dos policías replicaron al fuego. Una bala alcanzó a Dugan en la yugular y, en el acto, brotó un grueso surtidor de sangre.

Dugan se agitó epilépticamente. Su índice se crispó sobre el gatillo y el siguiente disparo hizo trizas el cuadro de instrumentos.

Luego, lentamente, se inclinó a un lado. Sus movimientos decrecían con rapidez.

Rexis y Vinson corrieron hacia el pistolero. Vinson vio la sangre que brotaba de la yugular destrozada por la bala y sintió náuseas.

Rexis abrió la portezuela del otro lado y se apropió del maletín. Miró al pistolero y lo reconoció en el acto.

—¡Dugan! —exclamó—. Pero ¿qué diablos...?

Durante unos momentos, se sintió lleno de desconcierto. Luego creyó comprender la verdad.

—Greg —llamó.

—Sí, jefe —contestó el ayudante.

—Avisa a la central. Necesito una ambulancia, pero díles que acuda sin ruido; que procuren pasar desapercibidos. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Quédate aquí; yo me vuelvo a Rosales. Cuando llegue la ambulancia, acércate a ver si el otro muerto era Rowing.

—De acuerdo.

Rexis se llevó el maletín y se sentó tras el volante. Arrancó y, una vez en marcha, usó el radioteléfono:

—Central, habla el jefe. Necesito comunicación urgente con Benny Mykers.

—Está bien, señor.

Momentos después. Rexis oía la voz de Mykers:

—Habla Benny, jefe.

—Muchacho, ve a casa inmediatamente y cámbiate de ropa. ¿Tienes un traje oscuro, no demasiado vistoso?

Mykers se sorprendió de la petición.

—Sí..., sí, señor —contestó.

—Date prisa. Estaré en la trasera del bar del Three Palms Motel. Procura ser rápido y discreto, sobre todo, discreto.

—Bien, jefe.

—Ah, y usa mi coche particular. ¿Has entendido?

—Perfectamente, señor.

Rexis cortó la comunicación. Luego miró de reojo al maletín que tenía a su derecha.

Si todo salía bien, pondría a Witter en un grave apuro. Tan grave, que sería suficiente para cortar de raíz la enfermedad del mal que tan empeñado estaba en propagar en Rosales.

En su coche, Rexis también tenía receptor de radio. Oyó la señal de llamada y dio el contacto.

—Adelante —dijo escuetamente.

—El pájaro tiene ya la presa en el pico —informó Kelly.

—¿Quién es? ¿Lo conoces?

—Boston Kid.

—Bien, eso es todo.

Rexis cerró la comunicación. Desde donde estaba, podía ver perfectamente la entrada de Black Cactus.

Gloria llegó en aquel momento, deslumbrante de belleza, para tomar su servicio. Poco después, apareció Bea, también radiante de hermosura.

Rexis suspiró.

—Viéndolas, se explica que en algunos países se permita la poligamia —se dijo.

Minutos más tarde, otro coche se detuvo en las inmediaciones del local. Boston Kid se apeó, llevando un maletín en la mano.

Rexis saltó de su automóvil y corrió discretamente hacia la puerta de servicio, por la cual había desaparecido el hampón. Llamó y un tal Jim Maloney abrió en el acto.

—Apártese —ordenó el joven.

—Oiga, usted no puede...

Rexis pegó un empujón a la puerta, que se estrelló contra las narices del sujeto. Se oyó un rugido de dolor.

Maloney empezó a ocuparse de su nariz. Rexis pasó por delante de él y se dirigió hacia el despacho de Witter, cuya puerta abrió de golpe.

Witter tenía el maletín sobre la mesa y se disponía a abrirlo. Levantó la vista y emitió una imprecación de rabia.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —gritó, exasperado.

Boston Kid dio un paso hacia el recién llegado.

—¿Quiere que le eche a patadas, jefe? —consultó.

Rexis le miró despreciativamente de pies a cabeza.

—Atrévete a tocarme y te pasarás treinta días en un calabozo —amenazó. Luego sacó algo del bolsillo y lo arrojó sobre la mesa—. Termine de abrir el maletín, Witter —ordenó.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó el aludido, todavía encolerizado.

—Un mandamiento del juez, que me autoriza a conocer el contenido de ese maletín —respondió Rexis.

Hubo un momento de silencio. Rexis observó que la cara de Witter estaba de color de la ceniza.

Boston Kid no decía nada, pero, evidentemente, también se sentía muy incómodo.

Hubo un momento de silencio. Rexis sonreía.

—¿Y bien, Witter? —dijo al cabo.

El silencio prosiguió. Las manos de Witter temblaban visiblemente.

Al fin, se atrevió a soltar los cierres. Levantó la tapa y cerró los ojos.

En cambio, Rexis abrió la boca, estupefacto.

En el interior del maletín no había más que unos inofensivos puñados de paja.

CAPÍTULO X

Witter sacó un pañuelo y se secó el abundante sudor que le cubría la frente.

—De buena nos hemos librado, Boston —dijo.

El pistolero asintió.

—Estaba helado de terror —confesó.

Witter hizo un gesto con la mano.

—Llena dos copas —ordenó, con acento pensativo.

Boston Kid obedeció. Witter bebió su copa a pequeños tragos.

—Alguien liquidó a Rowing, esto es indiscutible —habló lentamente—. Pero ¿cómo conocía el jefe Rexis el número del armario automático de la estación de autobuses?

—Es menos tonto de lo que parece —observó el hampón.

—Tenemos que admitirlo, no hay más remedio. Pero una cosa es segura: Rexis tampoco sabía que sólo había paja en el maletín. ¿Quién cambió la droga por la paja?

—A mí se me ocurre una cosa, jefe.

—Dime, Kid.

—Rowing fue el que hizo el cambiazó. No tenía que entregarle a usted la maleta, sino solamente dejarla en la estación de autobuses. Luego se hubiera ido, con la «mercancía» en su poder, a venderla a otra parte.

Witter chasqueó los dedos.

—Eso es —exclamó—. Y ahora, lógicamente, es preciso buscar la droga, que estará en alguna parte.

Boston Kid se dirigió hacia la puerta.

—Yo sé dónde está —manifestó—. En el coche de Rowing, escondida en algún rincón de la carrocería.

Witter asintió. Una hora más tarde, Boston Kid regresó con pésimas noticias.

—El coche de Rowing está en poder de la policía —anunció—.

Lo están desguazando, así que ya podemos despedirnos de la «mercancía».

Witter lanzó un obsceno juramento. El hampón prosiguió.

—A Rowing lo «despenó» Dugan. Sabía que tenía que venir y lo esperó en el camino. Luego se apoderó del maletín, pero la policía le cerró el paso. Dugan murió en el tiroteo.

Witter se sentía estupefacto.

—Entonces, el jefe Rexis conocía también el número del armario automático —dijo.

—Sí, así es.

El pecho de Witter se dilató por la cólera que sentía.

—Bueno, no te preocupes, Kid; Rexis no durará ya mucho —dijo.

—Es evidente que Dugan desobedeció la orden de abandonar Rosales —manifestó Rexis—. Al contrario de Calloway, que resultó ser mucho más prudente, Dugan volvió, porque sabía el día, la hora y el lugar por donde iba a pasar Rowing con la droga. Lo mató y...

—Y murió sin saber que se había apoderado de un maletín lleno de paja —dijo Vinson.

—Exactamente, Greg. Pero, hablando en confianza; ojalá hubiese encontrado la droga en el maletín.

—Ahora tendría usted a Witter a buen recaudo, ¿no es así?

—Sí, Greg. Pero ni siquiera le podemos acusar de complicidad con Dugan, cuando sabemos que él lo echó de Rosales.

—Bueno, todo eso es cierto, aunque a mí lo que me preocupa es cómo adquirieron una tan excelente información en un tiempo que no puede ser más breve. En cuatro días lo hicieron todo, atacando arrolladoramente...

—Greg, estoy seguro de que llevaban mucho tiempo recibiendo información. El problema es saber quién se la proporcionaba.

—Sí, es cierto, jefe. ¿Se le ocurre a usted algún nombre?

Rexis calló un momento.

Gloria llevaba casi dos años empleada en el Black Cactus. Había sido, se decía, la chica de Odlum. ¿Había decidido traicionarle a última hora, aliándose con Witter y su banda?

Kelly y Mykers entraron en aquel momento, portadores de varios saquitos de tela blanca, cada uno de los cuales, a su vez, estaba envuelto en una funda impermeable de plástico transparente.

—La «mercancía», jefe —anunció Kelly, satisfecho.

—¿Dónde estaba, muchachos? —preguntó Rexis.

—El tanque de combustible tenía un doble fondo. De este modo, el conductor podía repostar normalmente, sin levantar sospechas —explicó Mykers.

Rexis asintió en silencio. Nuevamente se sentía preocupado por un detalle que estimaba esencial en el asunto.

¿Quién había informado a Witter tan detalladamente de los negocios de Odlum?

¿Gloria Miller?, se preguntó, íntimamente decepcionado.

De pronto, se puso en pie y descolgó el sombrero de la percha.

—Me voy, muchachos —anunció sobriamente.

Los policías se miraron asombradamente.

—¿Qué mosca le habrá picado? —preguntó Vinson.

—No sé, pero nunca le he visto tan serio como hasta ahora —dijo Kelly.

—Yo diría que se siente muy defraudado, aunque no sé por qué —manifestó Mykers—. Acaso una mujer... —apuntó tímidamente.

—¿Gloria Miller o Bea Dane? —dijo Kelly.

—Muchachos, no os rompáis la cabeza —aconsejó Vinson—. En estos momentos, lo que menos preocupa al jefe es una mujer.

Vinson se equivocaba. Su jefe rodaba en el coche en dirección al Three Palms Motel.

Cuando llegó, se dirigió a la recepción y preguntó por Bea Dane.

—No ha llegado todavía —informó el conserje de noche.

Rexis alargó la mano.

—Deme la llave de su departamento —pidió.

El empleado accedió. Rexis abrió y luego devolvió la llave, con la orden expresa de que no dijera nada a la joven.

—Somos antiguos amigos y quiero darle una sorpresa —aclaró, al mismo tiempo que le guiñaba un ojo.

El conserje sonrió con aire de complicidad. También un jefe de policía tenía derecho a sentir ciertas debilidades.

Bea llegó media hora más tarde. Fue a su dormitorio y se cambió de ropa. Cuando estaba terminando, oyó una voz en la sala:

—¡Hay dos copas preparadas, hermosa!

La joven caminó lentamente hasta la puerta del dormitorio y se apoyó en una jamba. Rexis estaba allí, en mangas de camisa, con un

vaso alto en la mano.

—¿No vienes a tomar un trago? —invitó.

—Sorprendente —dijo Bea.

—¿Por qué? Somos viejos amigos, creo.

—Pero eso no te dio nunca derecho a entrar sin permiso en mi casa, Gary.

—Lo siento, no pensé que podría molestarte tanto. Simplemente, tenía ganas de charlar un rato y pensé que lo mejor sería esperarte aquí. No me gustaba la idea de que nos vieses salir juntos del Black Cactus.

Bea sonrió al fin.

—Sí, puede que así haya sido mejor —convino.

Y avanzó hacia su visitante, vestida con una bata muy corta, de amplias mangas, negras, con dibujos de flores en el pecho y un fantástico dragón en la espalda.

—Te sienta muy bien esa bata —elogió él.

—Es un kimono corto —puntualizó Bea, con el vaso en la mano.

—Lo que importa es el contenido, no el continente.

—¡Hum! ¿Tratas de seducirme?

—Simplemente, elogio lo que creo debe elogiarse.

—¿Y cómo sabes que se debe elogiar?

—Hace años, veníamos a veces a bañarnos en la piscina del motel. Todavía me acuerdo mucho de aquella época. Tu silueta no ha variado.

—Guardas buena memoria, ¿eh?

—Imborrable.

—Gary, a mi tú no me engañas. No negaré que estés aquí por..., bueno, por mí, pero también tienes otros motivos para visitarme. ¿Acierto?

—¡*Bang!* ¡Diana! —rió él.

—¿Witter?

—Y sus muchachos, quiero decir su banda.

—¿Te digo la verdad, Gary?

—Eso espero, Bea.

—¿Has visto alguna vez un bloque de cemento? Es más locuaz que Witter —declaró ella.

—No me dices gran cosa —se quejó Rexis.

Bea se encogió de hombros.

—Cariño, me gustaría ayudarte, pero allí me limito a mi labor. Además, ya sabes que Witter y yo no estamos en muy buenas relaciones.

—Sí, lo recuerdo.

—Parece que lo que le dije el otro día le ha amansado bastante, pero no hay cordialidad entre ambos; sólo una fría cortesía.

—Entiendo. —Rexis hizo un gesto de decepción—. Lamento haberte molestado, preciosa.

—Todo lo contrario; tu visita me ha agradado muchísimo, Gary. Pero te diré algo para que no pierdas el tiempo del todo.

—¿Sí? —exclamó él, esperanzado.

—Gloria y Witter simpatizan mucho. Es una buena chica, pero...

—¿Por qué no hablas claro de una vez?

—Bueno, es que no me gustaría decir nada que luego me hiciese quedar en ridículo. Recuerda que ella lleva ya dos años en Black Cactus. A la larga tiene que saber muchas cosas.

—Puede ser, Bea —admitió Rexis, pensativo.

—Repito que no puedo acusarla de nada, pero si de alguna parte puedes obtener buenos informes, Gloria te los proporcionará. Si sabes sondearla diplomáticamente, claro.

—Lo intentaré —sonrió él—. Gracias por todo, Bea.

—¿Te vas? —preguntó la joven.

—Claro. Ya he hecho todo lo que tenía que hacer...

Sonriendo incitantemente, ella le echó los brazos al cuello.

—¿Estás seguro de que has hecho todo lo que tenías que hacer? —preguntó con acento lleno de insinuaciones.

—Hay algo que no acabo de comprender —dijo Rexis a la mañana siguiente, en su oficina.

—¿Qué es, jefe? —preguntó Vinson, sin dejar de leer el informe que tenía en la mano, llegado poco antes con datos relativos a Culvey.

—Thomas, el secretario y contable de Odlum. ¿Por qué lo asesinaron?

—Estorbaba —dijo Vinson lacónicamente.

—¿Seguro, Greg?

—¡Hombre, qué cosas tiene usted! Los tipos como Witter no hacen una cosa así sin un motivo muy poderoso.

—De acuerdo, pero ¿cuál es ese motivo? Porque yo me explico

que suprimiesen a Odlum, pero Thomas... Era un hombre que se conocía el negocio al dedillo y, drogas aparte y otros asuntos turbios descartados, Black Cactus es un negocio que da muchísimo dinero. En resumen, Thomas era un elemento valioso y le pegaron un tiro.

—Sí, es cierto, resulta un tanto incomprensible —convino el ayudante.

—Y hay algo más todavía: ese informe que tienes en la mano indica que hace años Odlum y Culvey fueron amigos, por decirlo de algún modo. Culvey era un matón profesional y venía a Rosales, presumiblemente llamado por Odlum, el cual debía de tener ya noticias de que intentaban eliminarle del negocio.

—Y de este pícaro mundo también, jefe —sonrió Vinson.

—Es cierto —concordó Rexis—. Pero eso me hace recordar algo muy interesante, Greg.

—Dígalo, jefe, no me tenga sobre ascuas.

—Yo hablé con Pete Márquez, quien me dijo que Odlum se había marchado a las cinco de la mañana. Una hora muy extraña, ¿no te parece?

—Por supuesto...

—Sobre todo, si se tiene en cuenta, que a esas horas Odlum ya estaba muerto. Por tanto, ¿quién forzó a Pete para que diera una respuesta falsa? Ése es un punto que me gustaría aclarar, Greg.

—Márquez no ha sido nunca un tipo de mi especial predilección —declaró el ayudante—. Es capaz de todo, por cinco dólares. ¿Quiere que vaya yo a interrogarle?

Rexis asintió.

—Sí, sería conveniente. Porque de no haber sido por el inesperado hallazgo de Pedro Martínez, no habríamos encontrado dos coches y tres cadáveres, y aún seguiríamos creyendo que Odlum había abandonado repentinamente la ciudad. Las habitaciones de Odlum en el Cattleman habían sido desalojadas y la cuenta saldada, con lo que se pretendía hacer más auténtica la comedia, ¿entiendes?

—Sí, señor.

—Si no me encuentras aquí cuando vuelvas, llámame a casa de Gloria Miller, Greg.

—Bien, jefe.

El ayudante salió y se dirigió al Cattleman Hotel. Márquez no se

hallaba de turno en aquellos momentos, por lo que Vinson estimó el viaje perdido. Pero le pareció mal no desaprovechar todas las oportunidades y sondeó al otro conserje.

—Yo le vi hablando un par de veces con Clay Thomas —manifestó el individuo—. En cuanto a Witter no se aloja aquí, ni tampoco ninguno de sus nuevos empleados.

Vinson no dejó de captar el detalle, que almacenó en su memoria.

—Lo mejor será que nadie hable con Pete en su casa —sonrió, al despedirse.

Márquez era soltero y se hospedaba en una pensión barata. Vinson subió a su habitación y llamó a la puerta, sin obtener la menor respuesta.

Momentos más tarde, comprendía las razones del silencio de Pete Márquez. Una certera cuchillada le había hecho callar para siempre.

CAPÍTULO XI

El hombrecillo, menudo y de atildada indumentaria, se apeó del autobús con un pequeño maletín en la mano como todo equipaje. Rank Hawkes protegía sus ojos del fuerte sol con unos lentes de color oscuro y se tocaba con un sombrero de fina paja, con cinta negra. Era el único detalle estridente de su indumentaria, pero, por lo demás, aquel sombrero era bastante común en Rosales.

Hawkes se dirigió al hotel en primer lugar y tomó una habitación. Desde allí hizo una llamada a Witter, anunciándole su llegada.

—Ven a verme a mi despacho, pasada la medianoche —pidió Witter.

—Está bien.

El encuentro se produjo a la hora señalada. Tras un corto saludo, Hawkes hizo una lacónica pregunta:

—¿Quién?

—Gary Raxis, jefe de policía.

Hawkes apretó los labios.

—Pides mucho, Lang —comentó.

—Pago bien —contestó Witter.

—No lo dudo, pero es una pieza de caza mayor.

—Para eso te he llamado. Si se tratase de un simple conejo, no te habría hecho venir a Rosales, Rankie.

—La tarifa subirá en un cincuenta por ciento, Lang —anunció Hawkes inexpressivamente.

—Siempre que me garantices el resultado.

—¿He fallado alguna vez?

—No, pero...

—Cincuenta por ciento más o me marchó.

Witter suspiró.

—Conforme —aceptó.

—Tengo que estudiar la vida y milagros de ese tipo. ¿Cómo dices que se llama?

—Gary Rexis. Joven, apuesto, bien parecido...

—¿Dónde tiene su oficina?

—Doscientos pasos más abajo de tu hotel, en la otra acera.

—¿Soltero o casado?

—Soltero. Vive con su madre.

—Pobre señora —se lamentó Hawkes, hipócritamente.

—Pero te daré un dato interesante. A veces se reúne con la encargada del club, Gloria Miller.

—¿Cuándo?

—Por las noches, después de que ella termina su trabajo. Van juntos a la casa de ella y toman una copa. Ahora haremos un croquis del lugar donde reside Gloria, porque la casa está en las afueras de la ciudad y podrías perderte.

—Ésa es una buena idea, Lang —aprobó Hawkes.

Minutos más tarde, Hawkes guardaba un papel en uno de los bolsillos de su chaqueta.

—Mañana exploraré el terreno —prometió.

Hawkes se marchó. Witter lanzó un suspiro de alivio.

El problema Rexis estaría resuelto muy pronto. Otro ocuparía su puesto... menos inteligente y, con toda seguridad, más «sensible» al metálico tintineo del oro.

—Oro o billetes, tanto da —se dijo, mientras encendía un grueso cigarro con visible expresión de contento.

—¿Por qué en tu coche, Gary? —se extrañó Gloria cuando Rexis la invitó a entrar en el vehículo.

—Quiero ahorrarte gasolina —sonrió él.

—¡Hum! Recelo de ti —dijo la joven.

—¿No te fías?

—En absoluto.

—Te he dado pruebas de mi buena fe, Gloria.

—No hay que fiarse de ningún hombre, Gary.

—¿Pensarás así el día que te cases?

—¿Con quién?

—Mujer, tarde o temprano, eso es algo que tiene que llegar.

—No contigo, por supuesto.

—No soy tu tipo, ¿eh?

—¿Por qué no hablamos de otra cosa? —propuso ella.

—Muy bien. ¿Cuál es el tema?

—Pete Márquez, por ejemplo. Es decir, si no tienes inconveniente en comentarlo conmigo.

—Ninguno. Todo el mundo sabe que murió de una puñalada. Nadie, en cambio, sabe quién es el asesino.

—¿Tampoco se conocen los motivos?

—La respuesta es una frase terriblemente vulgar: los muertos no hablan, Gloria.

—¿Qué es lo que no tenía que decir Pete?

—Mintió cuando me dijo que Odlum había abandonado la ciudad. Alguien le ordenó, o bien le pagó para que mintiera.

—Y luego quisieron asegurarse definitivamente de su silencio.

—Exacto.

—¿Sospechas de alguien?

—Podría decirte un nombre..., pero resulta que murió antes que Odlum, y eso es lo que me desconcierta.

—Vamos, dímelo. ¿O es que no te fías de mí?

—Thomas.

Gloria se volvió en el asiento para mirar al conductor.

—¿El secretario?

—El mismo —corroboró él.

—Qué extraño —murmuró la joven—. Siempre me pareció un hombre leal.

—Si fue Thomas, es evidente que ya sabía que Odlum iba a morir, porque «contrató» a Pete días antes. Lo que, en cambio, ignoraba, es que él iba a correr la misma suerte. Pero, por otro lado, me parece lógico que fuese Thomas.

—¿Por qué, Gary?

—Es muy sencillo. Nadie vio a Pete hablar con Witter o uno de sus nuevos empleados, lo que, en apariencia, les deja fuera de la cuestión.

—Sí, es un argumento convincente. Y... ¿te puedo servir yo en algo?

—¿Deseas ayudarme, Gloria?

—Dentro de mis modestas fuerzas, por supuesto.

—Eres una buena chica, Gloria. ¿Te gusta Rosales?

—No se vive tan mal —sonrió ella.

—¿Te agradecería quedarte aquí definitivamente?

—Todo depende de las circunstancias —respondió ella con malicia.

—Quizá te resulten favorables —apuntó Rexis—. Dime una cosa, ¿cómo van tus relaciones con Witter?

—¿A qué clase de relaciones de refieres, Gary?

—Mujer, profesionales, por supuesto.

—Bien, excelentes; es un tipo muy educado y atento conmigo. Pero también muy reservado.

—¿Le has oído algún comentario sobre el alijo de drogas?

—Gary, Witter y yo sólo hablamos de asuntos que se refieren al negocio del Black Cactus. Si él tiene otra clase de negocios, a mí no me lo dice; metete eso en la cabeza.

Era una respuesta decepcionante, pensó Rexis. Pero también sincera, estimó.

Ataviada con la blusa y los *shorts* que tanto gustaban a su invitado, Gloria, sonriendo seductoramente, entregó una de las copas al hombre que estaba en pie, en el centro de la sala.

—Especial para un jefe de policía en sus horas de asueto —dijo.

Rexis probó el líquido.

—Magnífico —elogió.

—Y sin necesidad de ponerme el delantal —le recordó Gloria maliciosamente.

—¿Detestas la cocina?

—¿Para quién iba a guisar yo?

—Algún día te casarás, opino.

—Por el momento, el matrimonio no entra en mis perspectivas.

—Te gusta seguir siendo libre, ¿eh?

—¿Crees que es malo?

—Puesto que no estás casada con otro, para mí es muy bueno.

Gloria rió satisfecha.

—Anda, ven, siéntate a mi lado —indicó el diván.

Rexis dio un paso hacia delante. En el mismo instante, sintió en el lado derecho del cuello algo parecido a la picadura de un insecto.

Algo chocó con terrible fuerza contra la pared opuesta, tras abrir un agujero estrellado en el cristal de la ventana. Rexis vio el impacto del proyectil y supo instantáneamente lo que sucedía.

El instinto le hizo actuar con singular rapidez. Dobló las rodillas y se desplomó al suelo.

Gloria chilló. Con la cara pegada a la alfombra, Rexis dijo:

—Túmbate en el suelo, rápido.

Ella obedeció, temblando de pavor. Rexis empezó a arrastrarse hacia la puerta.

—Sigue ahí y no te muevas, por lo que más quieras —ordenó.

Rank Hawkes despiezó el fusil que acababa de utilizar con resultados satisfactorios. El cañón era un poco más corto de lo ordinario, aunque prolongado por un silenciador que apagaba el ruido de una manera casi absoluta. Pero a doscientos metros, era un arma infalible y él había disparado desde mucho más cerca.

El arma volvió en piezas al maletín del cual había salido. Hawkes dio media vuelta y se dirigió al coche que había dejado a cierta distancia del objetivo.

Hawkes llevaba también una pistola, pero no solía usarla salvo en casos extremos. Era una especie de precaución supletoria; ordinariamente, tenía suficiente con el fusil.

Alcanzó el coche y se dispuso a entrar. Todavía estaba la portezuela a medio abrir, cuando oyó una voz en las inmediaciones:

—No se mueva. Le estoy apuntando con mi pistola y si desobedece mis órdenes, tiraré a matar.

Hawkes se quedó paralizado por el asombro durante unos instantes.

—¿Qui... quién es usted? —preguntó al cabo.

—¿No se lo imagina? Hace escasamente cinco minutos, usted ha disparado contra mí —contestó Rexis.

—¡Imposible! Le vi caer...

—Sí, caí, pero voluntariamente.

Hawkes inspiró con fuerza.

«Aún tengo una pistola», pensó.

Rexis dio otra orden:

—Levante las manos y apóyelas en el techo de su automóvil.

Hawkes soltó la portezuela y simuló obedecer, pero de pronto, se volvió, haciendo fuego.

Lenguas de fuego taladraron la oscuridad. Hawkes disparaba furiosamente, moviendo el arma en abanico. Delante de él, brillaron varios fogonazos a ras del suelo.

Demasiado tarde se dio cuenta de que debía haber apuntado mucho más bajo. Algo le golpeó poderosamente en el pecho y lo empujó hacia atrás. Su espalda chocó contra el costado del automóvil.

Las piernas perdieron su fuerza repentinamente. Hawkes se sentía muy débil, muy débil...

Cayó de costado al suelo y así quedó. Borrosamente vio una silueta que se le acercaba, pero, de pronto, le pareció que el hombre se alejaba vertiginosamente hasta desaparecer de sus ojos, tras una niebla de intensa negrura. Era la negrura de la noche definitiva para él.

Un agudo grito de mujer sonó a lo lejos:

—¡Gary!

—Sigue ahí —contestó él con potente voz—. Estoy bien.

Se arrodilló junto al caído y encendió un fósforo. Ya no había luz en los ojos del asesino.

Al cabo de unos momentos, se puso en pie y regresó a su coche. Gloria estaba en la veranda de la casa.

—Prepara dos copas, nena —dijo, mientras alargaba la mano hacia el radioteléfono.

—Sí, sí... —Gloria reía y lloraba casi histéricamente, pero, rehaciéndose, corrió de nuevo al interior, mientras Rexis se ponía en contacto con su departamento.

Las manos del jefe de policía extendieron el papel sobre la mesa. Varios pares de ojos se fijaron en los dibujos y palabras que allí había grabados.

—Esto lo llevaba Hawkes encima —dijo Rexis—. Alguien le hizo un croquis del camino que debía seguir para localizar la residencia de Gloria Miller.

—Hawkes era forastero —manifestó Kelly.

—Es obvio. Un asesino importado para eliminarme.

—¿Tan peligroso le suponen a usted, jefe? —preguntó Mykers.

—Lo suficiente para intentar quitarme de en medio, muchacho.

—He visto el fusil de Hawkes —declaró Lozano—. Es un arma de precisión extraordinaria. No entiendo cómo pudo fallar el tiro.

—Simplemente, yo daba un paso hacia adelante en el momento en que salía la bala —explicó Rexis, a la vez que se tocaba el lado derecho del cuello, en el que se veía una tira de cinta adhesiva—.

Aun así, el proyectil me rozó la piel. De haberme quedado quieto, la bala me habría perforado el cráneo.

—Eso sí que es ir por lana y acabar trasquilado —dijo Lozano con sorna.

—Evidentemente, Hawkes fue contratado por Witter —manifestó Kelly—. El problema está en demostrarlo.

—Eso no se puede demostrar, porque ciertas operaciones se realizan verbalmente. Salvo en este caso. Witter ha cometido, creo, una terrible imprudencia.

—¿Cuál es, jefe? —preguntó Mykers.

El índice de Rexis señaló el papel.

—Este croquis —respondió.

—Si se puede probar que lo hizo él... —dijo Mykers, dubitativo.

—Con permiso, jefe. —Kelly tomó el croquis y lo examinó atentamente durante unos segundos—. He visto la documentación de Hawkes. La letra de este croquis coincide con algunos escritos personales que encontré en su billetera.

—¿Seguro, Ron? —preguntó Rexis, decepcionado.

—Razonablemente, sí, señor. Es más, yo diría que Witter demasiado listo para dejarse atrapar tan fácilmente, fue dictando a Hawkes los signos y palabras que debían indicarle el camino a la cabaña de la señorita Miller.

—Si eso es cierto, no podremos probar que Witter contrató a ese pistolero —intervino Lozano.

Rexis hizo una mueca, defraudado al ver que no podía confiar en algo en lo que había puesto tantas esperanzas. Vinson entró en aquel momento, antes de que hablase.

—Jefe, según consta en el libro de registro del hotel, Hawkes llegó a Rosales procedente de Kansas City —informó.

CAPÍTULO XII

—El jefe Rexis está vivo y Hawkes irá hoy a la tumba —dijo Boston Kid.

Witter lanzó un gruñido de enojo.

—Confiaba en ese tipo —manifestó—. Nunca fallaba.

—Los individuos como Hawkes sólo fallan una vez en su vida, pero el fallo es definitivo —dijo Joe Mailand sentenciosamente.

—¿Quiere que nos encarguemos nosotros de él? —consultó Tim Lake, otro de los miembros de la banda.

Witter alzó una mano.

—Vosotros, quietos —ordenó—. Tenéis una misión definida y no debéis salir de ella, mientras yo no lo disponga.

—Entonces, Rexis seguirá vivo —se desalentó Boston Kid.

—¿Qué tal una campaña de hostigamiento? —propuso Lake.

Witter miró interesadamente al sujeto.

—¿Por ejemplo? —preguntó.

—Es muy amigo de Gloria Miller. Podríamos ponerle en un apuro... con un fotógrafo en un momento determinado.

—También es amigo de Bea Dane —dijo Boston Kid.

—Cualquiera de las dos, lo mismo da. Eso le haría perder prestigio en el pueblo. No olvidemos que tanto Gloria como Bea trabajan aquí.

Los dedos de Witter tabalearon sobre la mesa.

—No es mala idea —murmuró—. Y si añadiésemos un fajo de billetes...

—¿Dónde? —preguntó Mailand.

—En el bolso de la chica, claro.

—¿Cuál de ellas, jefe?

—Gloria, por supuesto —dijo Witter, sonriendo maliciosamente.

—Bea y el jefe Rexis casi iban a casarse hace cuatro años —manifestó Boston Kid—. Me inclino por la cantante.

—Bien, pero ¿quién será el fotógrafo?

Lake adelantó un paso.

—Yo mismo, jefe —se ofreció—. Basta una cámara corriente y una lámpara de destellos. Bea se hospeda en el Thee Palms Motel, creo.

—Así es —confirmó Witter—. Pero el problema estriba en retratarlos juntos y que él tenga en la mano el bolso de la chica, con los billetes asomando por la abertura o ya en la mano.

—¿Es que no le puede ordenar usted que lo haga? Y si no quiere, dígame que se quede con el dinero —exclamó Lake—. Esa chica me parece muy interesada. Obedecerá, se lo aseguro.

Witter sonrió.

—Hablaré con ella —prometió.

—El hombre que apareció muerto junto a Odlum se llamaba Curley Roland y, según los informes del F.B.I., residía últimamente en Kansas City —declaró Rexis.

—Pero ¿es que esta plaga nos ha llegado de allí? —exclamó Vinson.

—Según todos los indicios, así es. Witter y sus muchachos también proceden de Kansas City.

—En cambio, el jefe, Mackenzie, vive en Nueva York.

—Eso es lo que dijo Witter. Pero estamos tratando de confirmarlo.

—A mí me gustaría que hubiese otro alijo de drogas. Esta vez, podríamos hacer las cosas mejor y pescar a Witter con las manos en la masa.

—Las drogas no me interesan tanto como probar su participación en los asesinatos de Odlum, Thomas y Roland —dijo Rexis—. Odlum fue más listo, no derramó una sola gota de sangre y así pudo vivir aquí sin que le molestásemos. Pero, de un modo u otro, Witter y su banda se enteraron del buen negocio que Odlum tenía entre manos y decidieron quitárselo. Ése es su error, Greg.

Vinson asintió.

—Probar esos asesinatos va a ser muy difícil —dijo—. No olvide usted de contabilizar a Márquez y a los dos tipos que murieron ametrallados en el Camino de la Serpiente.

—Sí, los recuerdo perfectamente, y también me acuerdo de Culvey. Rosales se ha convertido en pocas semanas en algo parecido

a una sucursal del infierno. Eso les perderá, te lo aseguro.

Hubo un momento de silencio. Rexis contemplaba el croquis hallado en uno de los bolsillos de Hawkes, que había sacado nuevamente del cajón de la mesa.

—Witter se portó muy astutamente —murmuró.

—¡Un momento, jefe! —exclamó Vinson—. Cierto que Witter hizo que fuese el propio Hawkes quien trazase el croquis, bajo su guía directa. Pero ¿también llevó Hawkes el papel?

Rexis cogió el papel y lo examinó al trasluz durante unos instantes.

—Parece arrancado de un taco de notas —agregó el ayudante.

—Sí, es cierto —murmuró Rexis—. Y habría que comprobar si ese papel salió del despacho de Witter.

—¿Quiere que me encargue yo de hacerlo, jefe?

—No. Espera, se me ha ocurrido otra idea mejor. Tengo entendido que Kelly dibuja bastante bien.

—Cierto, es muy aficionado a la pintura. Cuando tiene un día libre, carga con el caballete y la caja de óleos y...

—Llámale, tengo que hacerle un encargo urgente —ordenó Rexis.

Vinson salió de la habitación. Casi en el mismo momento, sonó el teléfono.

Rexis levantó el auricular.

—Hola, personaje importante —sonó la voz de Bea Dane.

El joven sonrió.

—He estado muy ocupado estos días —declaró.

—Sí, tengo entendido que los del *Rosales Times* han pedido aumento de sueldo, porque tú les das demasiado trabajo. Pero a mí me tienes olvidada.

—Una vez dijiste algo sobre amistad solamente, Bea.

—No te pido más, Gary.

—Está bien. ¿Cuándo y a qué hora?

Ella se echó a reír.

—Me gusta oírte hablar así —dijo—. Hoy me sentiré indisputada y no iré al Black Cactus. Podemos hacer que nos sirvan la cena del restaurante del motel. En mi departamento, claro.

—Muy bien. ¿Hora?

—¿Siete y media?

—De acuerdo.

Rexis colgó el teléfono y se acarició la mandíbula pensativamente. La invitación de Bea, se dijo, no podía llegar en momento más oportuno.

—Ha sido una cena deliciosa —dijo Rexis a las ocho y media, mientras se frotaba el estómago con aire complacido.

—Me alegro por ti —sonrió Bea, inclinándose para servirle una copa en la mesita baja situada junto al diván—. Se lo diré mañana al cocinero del restaurante.

—Tiene una fama merecida, en efecto —convino él, con los ojos fijos en el fascinante panorama que mostraba el amplio escote del vestido de la joven—. ¿Puedo hacer una pregunta, hermosa?

—Sí, claro, todas las que gustes, Gary.

—¿Qué ha sido de la casa de tus padres? Me parece un poco extraño que hayas tomado un departamento en el motel...

—¿Cómo? ¿Es que no sabes que la vendieron cuando se marcharon de Rosales? Creí que estarías enterado de ese detalle.

—Pues, a decir verdad, no. Claro que debe de hacer bastante tiempo.

—Unos tres años, más o menos. Así que cuando regresé, no me quedó otro remedio que alojarme aquí.

—Entiendo. Bea, dime, ¿te van bien las cosas en Black Cactus?

Ella estaba en pie, en el centro de la estancia, vestida con un ceñido traje negro, muy corto y de una gran escasez de tela en la parte superior, casi tanto por delante como por la espalda. El conjunto era de un gran atractivo visual.

—No puedo quejarme —sonrió—. ¿Por qué lo preguntas, Gary?

—Hace días te peleaste con Witter, recuérdalo.

—Bueno, las cosas han vuelto a la normalidad. Le paré los pies a tiempo y se han acabado los problemas.

—Tanto mejor para mí —dijo él.

—¿Por qué? —se extrañó Bea.

Rexis sacó un papel del bolsillo.

—El hombre que disparó contra mí, cuando estaba con Gloria Miller, tenía este croquis en uno de sus bolsillos —dijo—. Voy a dártelo, para que compruebes si procede del despacho de Witter.

Bea le miró con asombro.

—¿Es que sospechas que fue Witter quien dio la orden de

asesinarte? —exclamó.

—Quiero comprobarlo, eso es todo —contestó él.

Bea se acercó, tomó el papel y la examinó con gran atención.

—Ese condenado Witter... —murmuró—. Sí, parece procedente de un taco de cuartillas para anotaciones.

—Exacto. Quiero que me traigas una cuartilla de las que Witter debe de tener sin duda en el despacho. ¿Has entendido?

—Sí, Gary. Cuenta con ello; lo haré tan pronto me sea posible.

—Muy bien; si lo consigues, contarás con mi gratitud eterna.

—Exagerado —rió ella—. ¿Por qué no me lo agradeces por anticipado?

—Estás de pie y yo sentado —contestó Rexis de buen humor.

—Aguarda un poco; meteré el papel en mi bolso. Luego iré a aceptar tu gratitud.

Bea se acercó a un sillón donde estaba su bolso y lo abrió. De repente, lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué te sucede? —inquirió Rexis, extrañado.

—Ven, mira —llamó ella.

Rexis se puso en pie y se acercó a la joven. Bea terminó de abrir el bolso y sacó un grueso fajo de billetes.

—Eh, eh, ¿de dónde has sacado tanto dinero? —exclamó Rexis, a la vez que alargaba la mano instintivamente hacia el fajo.

—Eso es lo que yo quisiera saber, Gary —respondió Bea—. Alguien lo ha puesto en mi bolso, porque, si de una cosa estoy segura, es que no tenía ese dinero cuando fui esta tarde a Black Cactus.

—Pero ¿no dijiste que alegrías que te sentías indispuesta?

—Oh, claro que sí, aunque me pareció lo más conveniente ir allí, hacer un par de ensayos con la orquesta y luego simular una fortísima jaqueca. Gary, ha sido cuando ensayaba, estoy segura de ello —manifestó la joven con acento de total convencimiento.

Durante unos segundos, Rexis la miró inquisitivamente, mientras sostenía el fajo de billetes con la mano derecha.

CAPÍTULO XIII

Era la ocasión propicia, pensó Tim Lake. El jefe Rexis acababa de coger el fajo de billetes y estaba frente a la chica, la cual tenía el bolso abierto.

Lake alzó la cámara y se dispuso a tomar una fotografía del importante suceso. Pero antes de que oprimiese el interruptor, oyó una voz suave a dos pasos de distancia:

—No tome la fotografía o puede considerarse hombre muerto.

Lake se puso rígido. Alguien avanzó hacia él y le quitó la cámara con la mano izquierda.

—Venga conmigo, está detenido —ordenó Greg Vinson.

—Pero...

El cañón del revólver se apoyó en el hampón.

—Obedezca. Y no haga ruido —dijo Vinson.

Mal de su grado, Lake se vio constreñido a obedecer las órdenes del policía. Se apartaron del chalet, aunque, un poco más adelante, Lake se creyó en el deber de protestar:

—Oiga, yo no hacía nada malo. Sólo trataba de tomar una placa...

—Muy bien, no es nada malo y no le haré cargos sobre ese particular. Pero, dígame, ¿dónde está su licencia de fotógrafo?

—¿Cómo? —exclamó Lake, atónito.

—Oiga, no me irá usted a decir que iba a tomar una fotografía de aficionado, ¿verdad? Para hacer lo que pretendía, se necesita una licencia. ¿Dónde la tiene usted?

—Maldita sea. Pero ¿cómo voy a tener esa licencia si no soy...?

Lake se calló repentinamente. Vinson soltó una risita.

—Andando —ordenó—. Formularé cargos contra usted por ejercer una profesión ilegalmente y por intentar violar la intimidad de las personas.

—Eso no es delito —gruñó el hampón.

—Usted y yo no estamos calificados para apreciar si es o no delito. Ya lo dirá el juez en el momento oportuno —respondió Vinson, impertérrito.

Lake entró en el coche. Tenía ganas de resistirse, pero pensó que sería peor y se dejó llevar mansamente a uno de los calabozos del departamento de policía.

Un poco más tarde, Rexis se despidió de su bella anfitriona.

—Te veré otro día —dijo.

—Cuando gustes, Gary.

—A propósito, quiero hacerte una pregunta. ¿Conoces a un tal Egon Mackenzie?

Bea sacudió la cabeza.

—No, nunca he oído hablar de ese individuo —respondió.

Con gesto furioso, Lang Witter tiró un documento sobre la mesa del jefe Rexis.

—Ya puede soltar a Lake —dijo de mal talante.

Sin perder la calma, Rexis desplegó el documento y lo leyó.

—Está en regla —aprobó tras la lectura. Apretó el pulsador del interfono y añadió—: Ron, suelta a Lake.

—Bien, jefe —contestó Kelly.

Rexis señaló la cámara fotográfica que había sobre la mesa.

—Puede llevársela, Witter —indicó.

El sujeto alargó la mano, pero de repente, como si hubiese pensado otra cosa, contuvo el gesto.

—Oiga, jefe, usted parece que la tiene tomada conmigo —dijo—. Yo no veo los motivos, pero, claro, cada uno en su sitio y... Bien, ¿por qué no procuramos ser buenos amigos?

—Por mi parte, no hay ningún inconveniente —respondió Rexis—. Sólo le impongo una condición.

—Dígala, jefe —pidió Witter con avidez.

—Simplemente, indíqueme el día en que le llegará el próximo cargamento de droga del otro lado de la frontera. Hágalo y empezaré a pensar mejor de usted.

La cara de Witter se puso roja.

—¿Me toma el pelo? —preguntó con acento hostil.

—De ningún modo. Usted me pide mi amistad y yo acepto, con una sola condición. No es mucho lo que le pido, creo.

Witter farfulló algo entre dientes. Luego agarró la cámara y se

fue.

Kelly entró poco más tarde.

—Iba echando chispas —dijo, sonriendo.

—Le habrá calentado las orejas a Kelly, imagino.

—¡Uf, vaya un lenguaje! Nunca había oído tantas barbaridades en tan corto espacio de tiempo. —El agente sonreía, pero, de pronto, se puso serio—. Vinson me ha contado lo que sucedió, jefe. ¿Cree que Bea Dane está de acuerdo con ellos?

Rexis movió la cabeza negativamente.

—En absoluto —respondió—. Es muy simple: calcularon que ella encontraría el fajo de billetes y me lo enseñaría, sorprendida. Una fotografía tomada en ese momento hubiera podido inducir a engaño a la gente, ¿entiendes?

—Sí, perfectamente. Ninguno hubiera creído en que se trataba de una comedia planeada de antemano, sino que usted aceptaba un soborno del gerente de Black Cactus, por mediación de Bea.

—Exacto, eso es lo que evitó Vinson con su oportuna intervención.

El teléfono sonó de repente. Rexis levantó el aparato y dio su nombre.

—Saludos, jefe —sonó una voz conocida—. Tengo algo bueno para usted. Dentro de cuatro días, por el mismo sitio. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—¡Calloway! —exclamó el joven, sin poder contenerse.

—El mismo, jefe. No se olvide, dentro de cuatro días...

—Calloway, ¿por qué hace usted eso?

—Ya le dije en una ocasión que apreciaba a Nerrie Odlum. Yo sólo no puedo hacer nada contra ellos, pero usted sí puede vengar a mi jefe. Adiós.

Rexis miró a su subordinado al concluir el breve diálogo.

—Dentro de cuatro días, llegará otra remesa de «mercancía» —anunció.

El coche que se paró aquel día delante de Black Cactus era enorme, de color negro, y estaba ocupado por tres hombres.

Dos de ellos, corpulentos, de rostro pétreo y vestimentas más bien fúnebres, ocupaban el asiento delantero. Un tercer individuo viajaba en el compartimento de atrás.

Era un hombre joven, de unos treinta y seis años, vestido con

gran elegancia y de ademanes un tanto afectados. Pero en sus ojos azules había una frialdad que helaba el ánimo de quienes le miraban.

Seguido de sus dos adláteres, Egon Mackenzie entró en el Black Cactus por la puerta de servicio. Witter sintió un sobresalto terrible al verle aparecer en su despacho.

—Se... señor Mackenzie —saludó, tartamudeando, más de miedo que de sorpresa.

—Hola, Witter —saludó fríamente el recién llegado. Detrás de él, los otros dos sujetos permanecían inmóviles, como estatuas de piedra—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Bí... bien, todo marcha satisfactoriamente...

—Lark, pégale dos bofetadas a este estúpido —ordenó Mackenzie sin alzar la voz.

Uno de los guardaespaldas se destapó y cumplió el mandato. Las bofetadas estallaron como pistoletazos, sin que Witter se atreviera a protestar lo más mínimo.

Estaba lleno de pánico. Conocía de sobra la fama del hombre que tenía frente a sí y sudaba sólo de pensar en que a Mackenzie se le podía antojar algo mucho peor que un simple par de bofetadas.

—Las cosas no marchan satisfactoriamente ni de ninguna otra manera; es que no marchan —dijo Mackenzie, mientras elegía con gran cuidado un cigarrillo de una costosa pitillera de platino y diamantes—. Estoy bien informado de lo que sucede aquí, ¿comprende?

—Sí..., sí, señor... Pero es que hay un jefe de policía que...

—Sé perfectamente la clase de hombre que es ese policía y yo me ocuparé en persona de que no nos moleste más. Pero primero quiero que usted se encargue de recibir el próximo envío. No quiero fallos, como cuando venía Rowing hacia aquí, ¿entendido?

—Sí, señor Mackenzie.

—El... remitente anuncia que es un envío mucho más importante que en ocasiones anteriores. No podemos permitirnos el lujo de perder algo valorado en más de medio millón. Haga que llegue o tendrá que ir en persona a que le tomen las medidas para el ataúd, eso es todo.

—El envío llegará, se lo aseguro —contestó Witter.

—Sólo así seguirá usted en su puesto —finalizó Mackenzie su

serie de órdenes.

Hizo una seña y uno de sus esbirros le encendió el cigarrillo. Luego, sin añadir una sola palabra más salió del despacho, seguido por sus dos silenciosos acompañantes.

—Aquí tienes. Creo que es una cuartilla igual a la que tú me entregaste.

Rexis sonrió.

—Eres una chica estupenda, Gloria —elogió—. ¿Te ha costado mucho?

—No demasiado. Eh cierto modo, puedo entrar y salir del despacho de Witter con facilidad. A fin de cuentas, lo que tiene oculto... está bien oculto.

—No me cabe la menor duda. —Rexis sacó una cuartilla y la comparó con la que Gloria le había entregado—. El papel es idéntico en ambos casos —añadió, tras unos segundos de observación.

—¿Crees que es una prueba definitiva contra Witter? —preguntó ella con ansiedad.

—Quizá.

Rexis se dirigió hacia la puerta. Gloria corrió tras él.

—¿Te vas ya? —dijo con singular acento.

El joven la miró mientras sonreía.

—Sí, tengo que ir a comprarte un regalo, pero no te lo entregaré hasta dentro de un par de días —contestó.

—¿Un regalo? Pero, Gary, yo lo he hecho sin esperar nada a cambio.

—Lo cual confiere mucho más mérito a tu buena obra. Y, por lo mismo yo quiero hacerte un buen regalo.

—Bueno, ya que te empeñas, dime qué...

—Las sorpresas pierden todo su valor si se anuncian antes del momento adecuado —contestó él sentenciosamente.

Se inclinó, la besó en una mejilla y salió. Veinte minutos más tarde, entraba en su oficina.

—Jefe, Bea Dane ha dejado una carta para usted —indicó Mykers.

—¿Ha estado ella aquí? —preguntó Rexis.

—Sí. Dijo que quería verle, pero yo le indiqué que no sabía cuándo regresaría. Entonces, me pidió un sobre y escribió una nota,

que metió dentro con unos papeles. Ahí lo tiene usted.

Rexis tomó el sobre y rasgó para abrirlo. Sacó los papeles que había en su interior, leyó la nota y sonrió complacido.

—Está bien —dijo, sin más comentarios.

—¿Algo interesante, jefe? —preguntó Mykers ávidamente.

—Por supuesto.

Rexis se sentó en un ángulo de su mesa, levantó el teléfono y marcó un número.

—Póngame con Bea Dane —pidió—. Soy Gary Rexis.

—Un momento, jefe —contestó alguien, en Black Cactus.

La voz de Bea llegó instantes después a oídos de Rexis.

—Hola, Gary —dijo—. ¿Te han dado mi nota?

—Sí, preciosa. Para eso mismo te llamaba, para darte las gracias por tu colaboración.

—He hecho lo que he podido, Gary.

—Nadie te pidió más, hermosa. Te veré otro día.

—Cuando quieras.

Rexis colgó el teléfono. Luego miró a su subordinado.

—Bien, creo que es hora ya de empezar a preparar el plan de acción —dijo sonriendo.

Boston Kid estaba furioso. Mailand y Lake no se sentían de mejor humor.

Dentro del coche, parado a la sombra de una barranca, Witter rumiaba su rencor. Una y otra idea se le acudían a la mente, para desquitarse de la humillación sufrida, pero ninguna de ellas le parecía medianamente viable. De pronto, Boston Kid dijo:

—¿Sabe lo que haría yo si estuviese en su lugar, jefe? Sencillamente, agarraría la droga, después de liquidar al mensajero, y me largaría de este cochino rincón del mundo para siempre.

—No puedo, Kid —contestó Witter lúgubrementemente.

—¿Por qué no? La idea es buena —añadió Lake.

—Mackenzie dirige una poderosa organización. Tarde o temprano daría con nosotros. Por lo menos, conmigo. No quiero que me pase nada, ¿entendido?

Boston Kid se encogió de hombros.

—Como quiera, jefe, pero sigo pensando que no se nos presentará mejor ocasión que ésta —insistió.

Witter consultó la hora.

—Ya falta poco —dijo—. Anda, Joe, sube ahí arriba y echa un vistazo al paisaje.

Mailand salió del coche y trepó por la ladera. El sol empezaba ya a caer y las sombras se alargaban en el desierto.

Llevaba unos prismáticos en la mano y escrutó el panorama. De pronto, vio a lo lejos una nubecilla de polvo que rodaba con rapidez.

Esperó unos momentos. Luego echó a correr hacia abajo.

—Ya viene, jefe —informó—. Llegará aquí dentro de cinco o diez minutos.

Witter se apeó del coche, seguido de los otros dos.

—Llevaremos la «mercancía» a casa —dijo.

Boston Kid cambió una mirada de complicidad con los otros dos. Mailand y Lake contestaron con imperceptibles gestos de afirmación.

Un coche asomó por la entrada de la vaguada a los pocos minutos. Su conductor vio a los cuatro hombres, frenó y sacó la mano por la ventanilla en señal de saludo.

Witter se acercó al individuo.

—¿Traes la «mercancía», Charlie? —preguntó.

—Sí, aquí está, Lang. —La sonrisa del viajero se trocó de pronto en un gesto de enojo al ver algo que había a espaldas de Witter—. Oye, pero ¿qué diablos hacen esos chicos? ¿Por qué nos apuntan con sus pistolas?

Alarmado, Witter se volvió, justo a tiempo de ver a sus subordinados apuntándoles con las armas.

—Estúpidos —gritó—. ¿Qué...?

Tres pistolas abrieron fuego de inmediato, a cuatro pasos de distancia. Uno de los proyectiles se llevó la mandíbula inferior de Witter y, al mismo tiempo, le hizo dar vueltas, pegado al coche, hasta casi llegar a la zaga. Mientras rodaba, aún en pie, dos balas más le alcanzaron entre los hombros y el costado derecho, a la altura de los riñones.

Cayó de bruces, agitándose débilmente. Mailand corrió hacia él y lo remató de un balazo en la nuca.

Dentro del coche, el viajero se estremecía a medida que las balas penetraban en su carne. Cayó hacia atrás, el cuerpo sacudido por violentas convulsiones. Boston Kid y Lake corrieron hacia él y

metieron las armas por la ventanilla, para disparar a la vez sendos tiros de gracia.

Mailand volvió por el lado derecho del automóvil, abrió y sacó con la mano una gruesa bolsa de lona.

—¡La «mercancía», muchachos! ¡Medio millón de dólares! —gritó alborozadamente.

Boston Kid y Lake lanzaron unos cuantos alaridos de júbilo. Los dos cadáveres no les merecían siquiera una sola mirada.

—Bueno, vámonos ya —dijo Mailand.

Corrieron hacia su coche, situado a una veintena de pasos de distancia. En el momento en que llegaban al vehículo, sonaron varios disparos en lo alto de la vaguada, seguidos de las inconfundibles explosiones de unos neumáticos reventados.

Los pistoleros, se detuvieron, atónitos. Un altavoz bramó:

—Están rodeados. Disponemos de rifles de largo alcance. Tiren sus armas y ríndanse.

Hubo un momento de silencio. De súbito, Mailand, enloquecido de rabia, ciego de furor por el derrumbamiento instantáneo de sus rosados sueños, levantó su pistola.

En el borde de la vaguada rugió un rifle. Mailand cayó de espaldas, aullando como un poseído, con el hombro derecho perforado por el proyectil.

—Quiero que entiendan que no es una broma —dijo Rexis, a través del megáfono.

Resignadamente, pensando con terror en un futuro mucho menos agradable que el que habían planeado, Boston Kid y Lake alzaron las manos.

CAPÍTULO XIV

Kelly se ocupaba del herido. Mykeds vigilaba a los otros dos pistoleros, quienes permanecían a un lado, completamente abatidos, con las muñecas unidas por unas esposas de acero.

Rexis y Vinson regresaron del lugar donde yacían los dos cadáveres. El primero tenía las manos parcialmente manchadas de sangre.

—Ron, ¿tiene a mano un poco de alcohol? —pidió.

—Sí, jefe.

Rexis buscó en la caja de curas y sacó gasas y alcohol, con cuyos elementos se limpió Rexis las manos. Mientras lo hacía, dijo:

—El viajero se llamaba Charlie Hooth. Ya tenía la droga a mano y no necesitaba esconderla, puesto que había conseguido pasarla sin dificultad por la aduana. Ahora sólo le faltaba cobrar el precio de su trabajo...

—Pero Witter ha muerto ya, y aunque no es cosa que me duela, precisamente, el jefe de la banda está libre —alegó Vinson.

Rexis sonrió enigmáticamente.

—No por mucho tiempo —contestó—. Greg, toma uno de los coches y vete volando a Rosales. Vas a mi casa y pides a mi madre un traje completo, corbata, camisa, zapatos y demás... Ah, que sea el gris oscuro; es el que más se parece al que lleva puesto Charlie.

—Sí, jefe.

—Te espero a un kilómetro al sur de la gasolinera de Ramón Santander. Cuando vuelvas, tráete a Patty Melcher.

Vinson respingó.

—¡Cómo! ¿He oído bien, jefe? —exclamó.

—Has oído perfectamente, Greg. He dicho Patty Melcher... y su maletín mágico.

El ayudante sonrió.

—Creo que comprendo, jefe —dijo.

Rexis le dio una palmada en la espalda.

—Tanto mejor —contestó—. Anda, date prisa; no podemos perder demasiado tiempo.

Vinson se marchó a la carrera. En aquel momento, Kelly ayudaba a ponerse en pie a Mailand.

—Creo que ya podemos irnos, jefe —manifestó.

Los policías se disponían a marcharse, con sus prisioneros, pero, de repente, Mykers se volvió hacia Rexis.

—Oiga, jefe, ¿para qué diablos quiere usted a Patty Melcher? —preguntó, terriblemente intrigado.

El joven sonrió.

—¿Para qué puede querer un hombre al más famoso peluquero de Rosales, quién, además, es el maquillador del cuadro escénico local? —contestó jovialmente.

El coche se detuvo en el estacionamiento del motel. Un hombre bien vestido, con gafas oscuras y gran bigote negro, se apeó del vehículo. Se notaba que hacía calor, porque, aunque usaba corbata, la llevaba floja, con el cuello de la camisa desabrochado.

Pendiente de la mano derecha llevaba una gran bolsa de lona roja. Caminó por un sendero entre las cabañas y llegó al fin ante una de ellas, junto a cuya puerta había parados dos individuos de rostro granítico.

—No se puede pasar, tú —dijo uno de ellos con escasa cortesía.

El recién llegado no se inmutó.

—Avisa a tu jefe —ordenó—. Dile que soy Charlie Hooth.

Los centinelas se consultaron con la mirada. Uno de ellos se encogió de hombros al fin y se acercó a la puerta.

Entró en la cabaña. Momentos después, salió y se acercó a Rexis.

—El jefe dice que pase, pero sin armas —informó.

—No las uso nunca; es muy comprometido —contestó Rexis.

El pistolero no se fiaba y le palpó las ropas. Luego hizo un gesto con el pulgar.

—Ya puede pasar —indicó.

Rexis subió los tres escalones que separaban la puerta del suelo herboso y entró en la cabaña. Sentado en un diván había un hombre, jugueteando con un vaso medio lleno, en el que se agitaban un par de cubitos de hielo.

—Soy Charlie Hooth —se presentó el supuesto viajero.

Mackenzie le dirigió una larga mirada.

—¿Dónde está Witter? —preguntó.

—No lo sé. ¿Es que no está aquí?

—¿Por qué había de estar aquí?

—¡Y yo qué demonios sé! Me dijeron en el Black Cactus que lo encontraría en el número dieciséis, eso es todo lo que puedo decirle.

Mackenzie frunció el ceño.

—Entonces, ¿no se ha encontrado con él?

Rexis agitó la bolsa que tenía en la mano.

—Aquí estoy, ¿no? He traído la «mercancía» y ahora quiero que se me pague todo lo convenido. Por mi parte, eso es todo... y le diré una cosa: la frontera está cada día peor.

—No se preocupe, Charlie; yo me encargaré de que las cosas funcionen mejor en la frontera a partir de este momento. En cuanto a Witter...

—¿Dónde diablos se ha metido ese idiota? —Sonó de pronto la voz de Bea Dane.

La joven apareció en la puerta del dormitorio, vestida con un sutil peinador de gasa negra y el pelo desordenado. Miró al visitante y frunció el ceño.

—Egon, ¿quién es este hombre? —preguntó.

—Charlie Hooth —respondió Mackenzie.

—Eso no es cierto —desmintió Bea—. Conozco bien a Charlie y este tipo se le parece bastante, pero no es el hombre que debía haberse reunido con Witter.

—Tienes razón, Bea: no soy Charlie, el cual, por cierto, está muerto lo mismo que Witter —dijo Rexis.

Un profundo silencio gravitó sobre la estancia. Bea había perdido por completo el color.

Mackenzie se irguió.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó, descompuesto.

—Ella se lo dirá, amigo —sonrió el joven.

—Es... Rexis..., jefe de policía... —habló Bea, desfallecida.

—De modo que ha interceptado la remesa —dijo Mackenzie.

—Así es —confirmó Rexis—. Naturalmente, no está ya en la bolsa, si no puesta a buen recaudo.

—Muy bien, pero no hay pruebas de lo que he hablado. Usted no podrá hacernos nada...

Rexis sonrió.

—Su centinela me registró las ropas y no encontró nada. Pero como estimó que la droga estaba dentro de la bolsa, no la tocó. Lo que hay dentro de la droga es un transmisor portátil de radio, conectado con mi departamento, en el que hay una grabadora en marcha —explicó.

Mackenzie parecía anonadado. De pronto, Bea reaccionó.

—Gary, ¿cómo supiste...?

—Llegaste a Rosales y no tenías dinero, pero usabas un magnífico coche. No eres gran cosa como cantante, pero trabajabas en lugar preferente en las variedades de Black Cactus. Tus discusiones con Witter eran pura comedia, a menos que fuesen reprensiones de un superior a su subordinado. Witter, naturalmente, era el subordinado.

»Dijiste proceder de Nueva York y venías de Kansas City, lo mismo que Mackenzie y todos los demás. Por cierto, el hombre que supuestamente te engañó hace años, se llamaba Eric McKelvie. Debí haberlo pensado antes; es un nombre muy parecido al de Egon Mackenzie.

»Pero todavía hay un detalle revelador, que te acusa implacablemente. La muestra de papel que me enviaste decía, según tu nota, que no era el mismo en que fue trazado el croquis hallado sobre las ropas de Rank Hawkes. Tenías que ayudar a Witter, lógicamente; pero es que el croquis que yo te entregué no era sino una reproducción, hecha por uno de mis hombres, aficionado a la pintura. Conseguí otra muestra del mismo papel y éste sí era idéntico al del croquis original.

—¿Quién te la dio? —gritó Bea.

—Gloria Miller. También tú trataste de desviar mis sospechas hacia ella. A fin de cuentas, Gloria lleva bastante tiempo en Rosales y podía haber suministrado información sobre el asunto de la droga. Pero no lo hizo ella, sino Thomas, el secretario de Odlum. Traicionaba a su jefe, esperando alcanzar un puesto más elevado en la organización, pero lo que encontró fue un tiro en la nuca.

—Rexis, ¿cómo supo usted que hoy llegaría la droga? —preguntó Mackenzie—. ¿Quién se lo dijo?

—Ustedes mataron a Odlum. Resultó que había un tipo llamado Calloway, que decidió vengarlo y vengarse también de una paliza

recibida. Por cierto, Bea, ¿quién mató a Pete Márquez?

Ella levantó la barbilla.

—Witter —contestó.

—Claro, como está muerto, puede cargar con las culpas —sonrió REXIS—. Pero Márquez llevó a su casa a una mujer de dudoso aspecto. No era la primera vez que lo hacía, ciertamente, sólo que en esta ocasión, mientras dormía, ella le clavó una navaja en el corazón. Encontraremos el arma homicida, Bea, a pesar de que te disfrazases para que Márquez no pudiera reconocerte.

Los hombros de Bea se hundieron. Mackenzie buscaba desesperadamente una salida para la crítica situación en que se encontraba.

Hubo un momento de silencio. De pronto, REXIS fijó la vista en un espejo de adorno, en forma de sol, que había en la sala.

Alguien le apuntaba con un arma a través de la ventana. Saltó a un lado y, en el mismo momento, se oyó una detonación.

Bea lanzó un grito y se llevó ambas manos al pecho. Fuera sonaron varios estampidos.

Dos manos se agarraron unos instantes al antepecho de la ventana. Luego, perdieron su fuerza y el hombre que había disparado cayó al pie de la cabaña, mientras su compinche alzaba los brazos al ver a los policías armados que corrían hacia allí.

REXIS se arrojó sobre Mackenzie y lo empujó hacia la ventana.

—¡Greg, hazte cargo de este individuo! —gritó.

Vinson saltó ágilmente al interior de la estancia y esposó a Mackenzie. REXIS volvió junto a Bea, que yacía en el suelo, con el pecho cubierto de sangre.

La joven respiraba todavía. Abrió un instante los ojos y miró a REXIS.

—¿Por qué, Bea? —preguntó él.

—Dinero... ¿qué creías? —respondió Bea con un soplo de voz.

—Mentías cuando me dijiste que aquel hombre te engañó. Pero, en el fondo, decías la verdad, porque engaño es querer proporcionarte ciertas cosas por medio reñidos con la legalidad.

—Ahora... ya no importa...

La cabeza de Bea se dobló a un lado. REXIS hizo un gesto de pesar y le cerró los ojos.

Era lo único que podía hacer ya por ella.

Los labios de Gloria temblaban cuando Rexis entró en su casa.

—Has tardado mucho —dijo ella.

—Sí, he estado muy ocupado, aunque todavía me ha sobrado tiempo para comprarte el regalo que te prometí —contestó Rexis con acento intrascendente.

Llevaba en las manos una caja y se la entregó. Gloria le miró inquisitivamente.

—¿Qué es, Gary? —preguntó.

—¿Por qué no lo abres, preciosa?

Gloria desató el lazo y rasgó el papel de vivos colores que cubría la caja en que estaba contenido el obsequio. Abrió la caja y lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Es un delantal de cocina, tú!

—Sí —confirmó él tranquilamente, mientras se servía una copa.

—Oye, Gary, no me gustan ciertas clases de bromas...

—¿Por qué no te lo pruebas? —Rexis se sentó en el diván, con la copa en la mano—. Me gustaría ver qué aspecto tienes.

—Si es tu capricho...

Gloria se puso el delantal. Éste tenía un gran bolsillo en el centro y ella notó cierto peso en su interior.

Metió la mano y sacó una cajita de pequeñas dimensiones. Llena de curiosidad la abrió.

—¡Oh, es un anillo! —exclamó.

—Eso parece —sonrió Rexis.

—No lo parece, lo es. Pero ¿qué significa?

—Gloria, tú no eres tonta. En cierta ocasión me dijiste que debía aprender diplomacia. Bueno, si no sabes entender lo que significan el delantal y el anillo, es que no he aprendido a ser diplomático.

Una encantadora sonrisa iluminó el rostro de la joven. De pronto, con un impulso incontenible, corrió hacia el diván y se sentó en las rodillas de Rexis.

—Sí —dijo.

—Si, ¿qué, Gloria? —preguntó él, sonriendo también.

—Tonto. ¿Es que no comprendes que acepto lo que significan el delantal y el anillo?

Rexis dejó la copa a un lado y la estrechó contra su pecho. Gloria se sintió muy contenta entre los fuertes brazos del hombre.

—Ahora seré la chica del jefe de policía —murmuró ella,

después de un larguísimo beso.

—De un policía de pueblo —señaló Rexis.

—Eso no tiene importancia. Más importancia tiene nuestro futuro.

Y volvieron a besarse, porque se sentían muy contentos de ser el uno para el otro.

FIN

YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

**BOLSILIBROS
BRUGUERA**

**SORTEO DEL
MILLON**

Vea en las últimas páginas
las instrucciones y bases para
participar en el sorteo de UN
PISO Y UN COCHE o, si lo pre-
fiere,

UN MILLON DE PESETAS

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

Editorial Bruguera S. A., se complace en ofrecer a sus lectores de España la oportunidad de participar en un gran sorteo que puede convertirle a Ud., en propietario de un MAGNIFICO PISO Y UN MODERNO COCHE o si lo prefiere de UN MILLON DE PESETAS.

Lea atentamente las siguientes instrucciones y bases, envíenos debidamente cumplimentado el cupón que hallará en la última página y... ¡BUENA SUERTE!

INSTRUCCIONES Y BASES DEL SORTEO

Corresponderá el premio al participante cuyo cupón coincida con el número que obtenga el primer premio de la Lotería Nacional del día 25 de agosto para todos los cupones recibidos hasta el 12 de agosto y con el que coincida con el del día 15 de noviembre para todos los recibidos desde el 13 de agosto al 5 de noviembre.

Fechas de precinto de los cupones recibidos: 24 de agosto y 11 noviembre.

Fecha de desprecintaje, desempate si lo hubiera y entrega de los premios: 27 agosto y 16 noviembre.

Sólo podrán participar en este sorteo las personas residentes en cualquiera de las provincias españolas, quienes podrán mandar tantos números como cupones reúnan.

Los empleados de Editorial Bruguera S. A. no pueden participar en este sorteo.

En el espacio de tiempo comprendido entre la fecha de cierre de recepción y la de precinto se clasificarán todos los cupones por orden de números.

Los actos de precintar y desprecintar las cajas, el sorteo de desempate si lo hubiere y la distribución de premios serán públicos y efectuados ante notario en los locales de la Editorial, calle Camps y Fabrés, núm. 5 —BARCELONA—, pudiendo asistir a ellos todos los participantes que lo deseen sin necesidad de invitación.

Si ningún cupón coincidiese con el primer premio de la Lotería Nacional, en las fechas indicadas, los premios se adjudicarán al número más próximo, sea anterior o posterior. En ningún caso, pues, dejará de haber ganador.

De existir más de un acertante se efectuará sorteo de desempate entre ellos ante el mismo notario.

Si el premio correspondiese a una persona menor de edad, el importe del mismo será entregado a sus padres o tutores legales.

Todo cupón roto o enmendado, sin firmar o sin que consten todos los datos solicitados quedará fuera de concurso.

Para reclamar los premios será necesario presentar el resguardo retenido, **SUJETO A LA NOVELA EN QUE HAYA SIDO PUBLICADO**. Dicho resguardo deberá coincidir con el cupón enviado.

Los ganadores que elijan la opción del piso y el coche deberán tener presente que Editorial Bruguera, S. A. sólo se compromete a efectuar por este concepto un desembolso que comprendidos todos los gastos no supere el millón de pesetas.

La participación en el sorteo implica la aceptación de las presentes bases.

ESCRIBA AQUI EL NUMERO ELEGIDO

2	5	6	5	0
---	---	---	---	---

CONSERVE ESTE RESGUARDO
JUNTO CON LA NOVELA

PARA TOMAR PARTE EN EL SORTEO DE PISO Y COCHE O UN MILLON

Escriba aquí su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE _____

1.º APELLIDO _____

2.º APELLIDO _____

Si acierta deberá presentar este resguardo acreditativo.

ENVIE AL NOTARIO Sr. D. TOMAS CAMINAL
CASANOVAS apartado de correos 9475 BARCELONA
el cupón para participar en el sorteo.

PUEDA ENVIAR EN UN SOLO SOBRE TODOS LOS CU-
PONOS QUE REUNA. ENVELOE ANTES DE LAS FECHAS
DE CIERRE

(Ver Instrucciones y Bases)

CORTE POR AQUI



Su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE _____

1.º APELLIDO _____

2.º APELLIDO _____

Anote su dirección:

CALLE _____ N.º _____

POBLACION _____

PROVINCIA _____

NOVELA COMPRADA EN: _____

LIBRERIA O KIOSCO _____

CALLE _____ N.º _____

POBLACION _____

PROVINCIA _____

Si se trata de un kiosco anote la calle o plaza y el
número frente al cual está situado.

Firma del participante en el sorteo.

CUPON PARA ENVIAR

Número que Usted elige

2	5	6	5	0
---	---	---	---	---

Si es menor de 5 cifras ponga
ceros en las primeras casillas

CUPON VALIDO SOLO PARA ESPAÑA

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

